

ENsayo

BOLETIN DE LA ESCUELA DE ARTES
Y OFICIOS ARTÍSTICOS
de Barcelona



ENSAYO

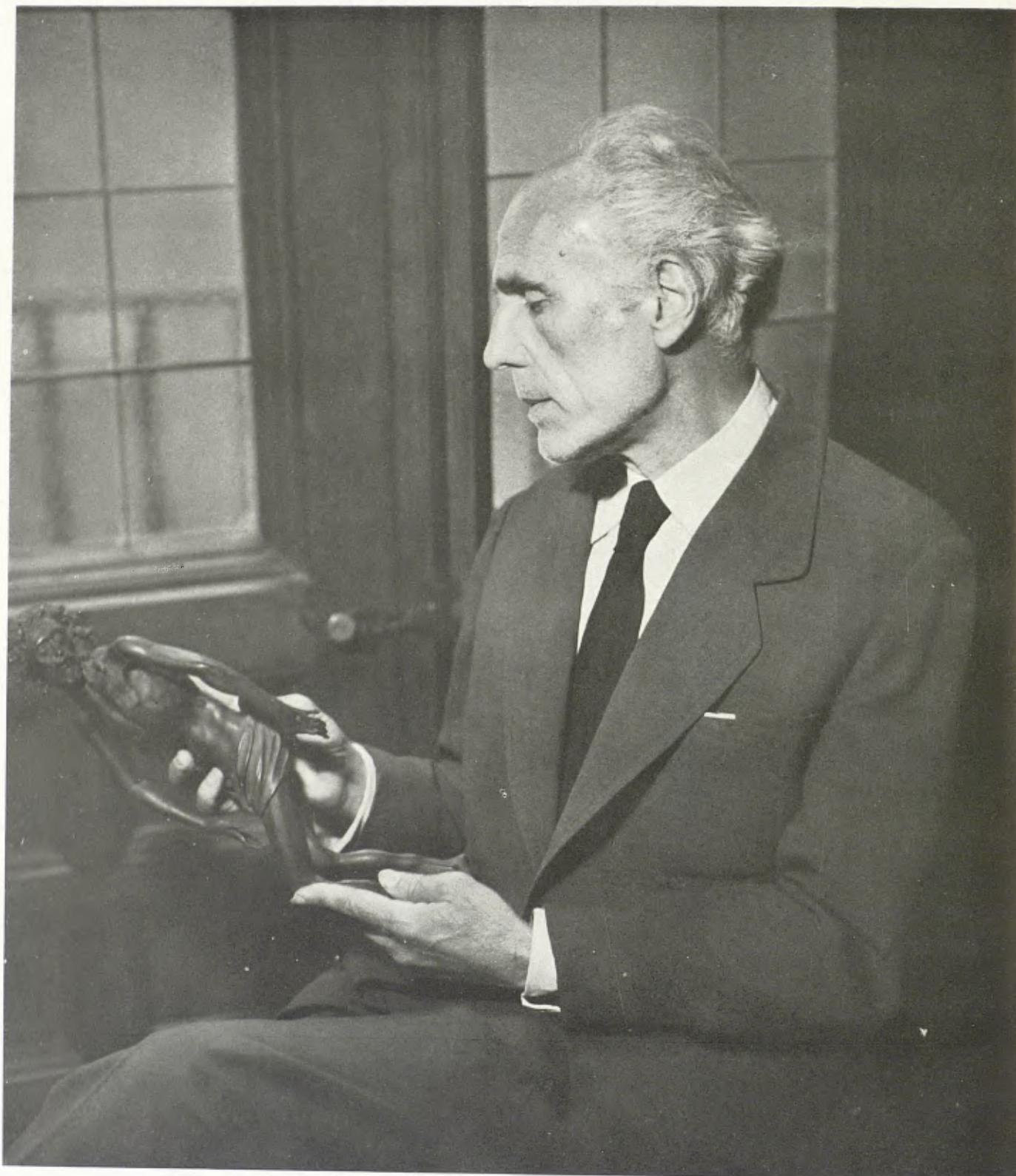
BOLETÍN DE LA ESCUELA DE ARTES Y OFICIOS ARTÍSTICOS DE BARCELONA

12



S U M A R I O

NUESTRA REVISTA... . FEDERICO MARÉS Y LA REAL ACADEMIA DE BELLAS ARTES DE SAN FERNANDO, por José Francés . DISCURSO LEÍDO POR EL DIRECTOR DE LA REAL ACADEMIA, DON MODESTO LÓPEZ OTERO . DISCURSO DE CONTESTACIÓN, LEÍDO POR EL ALCALDE DE BARCELONA, DON JOSÉ MARÍA DE PORCIOLES . FEDERICO MARÉS EL HOMBRE, por Juan Bautista Solervicens . PALABRAS DE PEDRO MOURLANE MICHELENA . FEDERICO MARÉS COLECCIONISTA, por A. Durán Sanpere . MARÉS. EL MECENAS, por J. Subías Galter . FEDERICO MARÉS EL ARTISTA, por Juan Cortés . FEDERICO MARÉS EL PEDAGOGO, por César Martinell . PALABRAS DEL EXCMO. SR. J. IBÁÑEZ MARTÍN . EL ÁNGEL DE MARÉS, por Eugenio d'Ors . PALABRAS DEL DR. J. STEPPE . "ACRÒSTICA VOTIVA", por C. Fages de Climent . "DÈCIMA D'HOMENATGE AL MESTRE FREDERIC MARÉS", por J. M. López Picó . "A FREDERIC MARÉS" por P. Benavent de Barberà . "A FREDERIC MARÉS", por A. Esclasans



FEDERICO MARÉS DEULOVOV

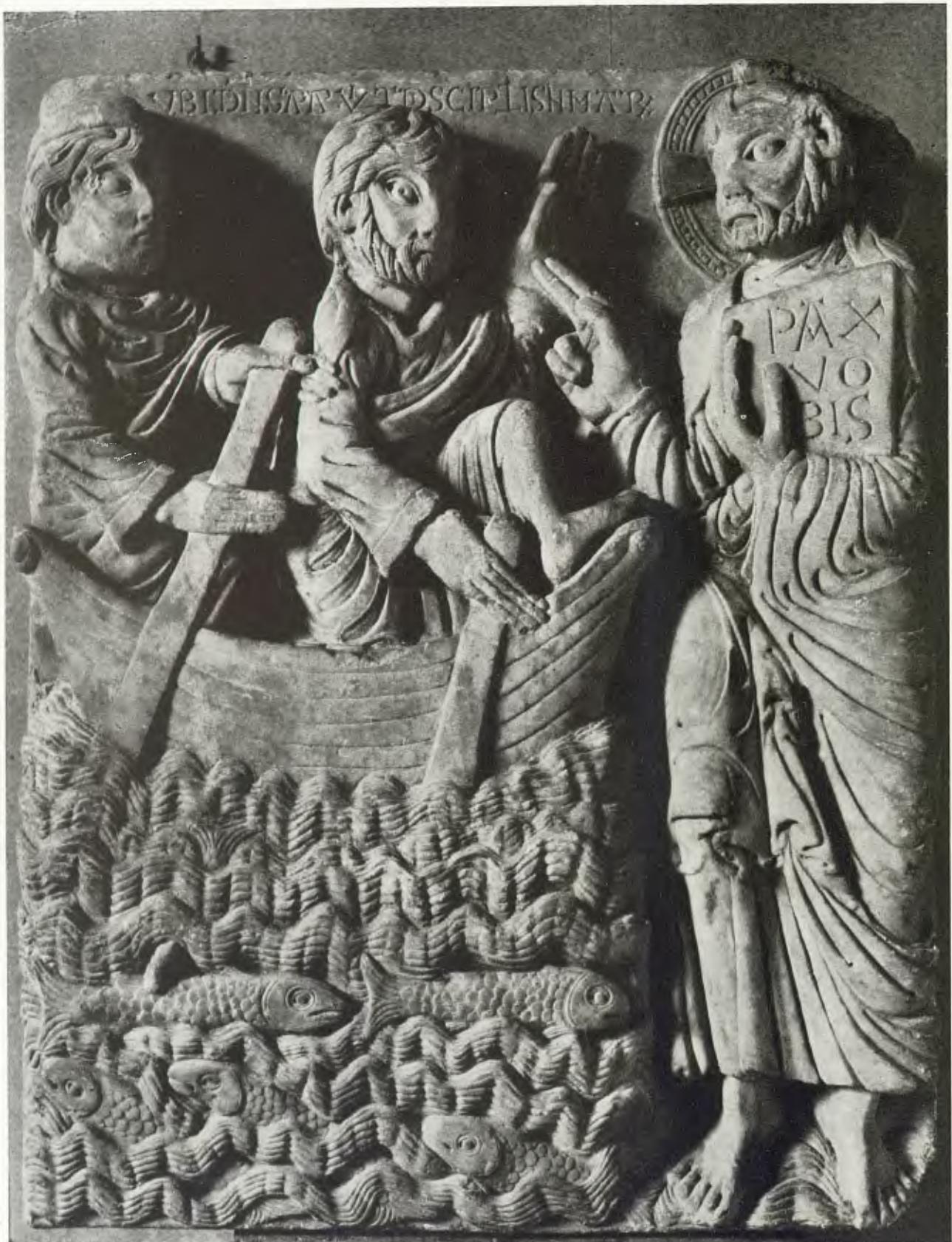
N

UESTRA Revista, como órgano divulgador de las inquietudes de la Escuela, no podía ni debía quedar al margen de los homenajes que en estos últimos años se sucedieron dedicados a nuestro Director don Federico Marés; pero hasta ahora tropezábamos siempre con escrúpulos de delicadeza que justificaban que ENSAYO no se hubiera hecho eco, como merecían, de unos actos tan ligados al prestigio de nuestra Escuela.

El carácter oficial que revistió el reciente homenaje, que cerraba la serie de los celebrados, al presidirlo el Ministro de Educación Nacional, don Jesús Rubio, y por la presencia del Director General de Bellas Artes don Antonio Gallego Burín, Alcalde de la Ciudad don José M. de Porciolet, Presidente de la Diputación Provincial Marqués de Castellflorite, y representantes de las Entidades y Corporaciones artísticas, nos permite hoy superar cuantas limitaciones y reparos podían oponerse antes a una síntesis informativa.

Una natural discreción, no obstante, nos obliga a frenar nuestro impulso, lo que forzosamente habrá de acusarse en este número especial consagrado a perenne recordación de unos acontecimientos memorables que la Escuela debe considerar y estimar como grandes momentos de su propia historia.

Por lo demás, debemos agradecer desde estas páginas la adhesión de cuantos contribuyeron al homenaje, y de una manera especial la de las ya mencionadas autoridades y de los Amigos de los Museos, Real Academia de Bellas Artes de San Jorge, Real Círculo Artístico, Círculo Artístico de San Lucas, Agrupación de Acuarelistas de Cataluña y Fomento de las Artes Decorativas de Barcelona y a las Escuelas Superiores de Bellas Artes y a las de Artes y Oficios Artísticos de toda España.



OFRENDEAS AL MUSEO MARÉS

Relieve en mármol, del siglo XIII, procedente del monasterio de San Pedro de Roda, obra adquirida por suscripción popular en homenaje Nacional a Federico Marés Deulovol, promovido por «Amigos de los Museos», «Real Academia de Bellas Artes de San Jorge», «Junta de Museos», «Real Círculo Artístico», «Círculo de S. Lluc» y «Agrupación Acuarelistas de Cataluña»



El Ministro de Educación Nacional D. Jesús Rubio, Director General de Bellas Artes D. Antonio Gallego Burín, Alcalde de la Ciudad D. José María de Porciletes, Presidente de la Diputación Provincial, Marqués de Castellflorite, en el acto de homenaje a nuestro Director D. Federico Marés

Al homenaje que cerraba la serie organizada por las entidades culturales y artísticas de Cataluña al Museo Marés, quiso sumarse preferentemente el Ministro de Educación Nacional D. Jesús Rubio, con todo cuanto representaba, testimonio y presencia de la sensibilidad artística y cultural de la Nación.

Con palabra precisa y concepto claro supo resumir el alto significado y la noble ejemplaridad del homenaje.



Relieve en alabastro. Escuela Inglesa. Siglo XIV. Aportación de la Dirección General de Bellas Artes.



Talla dorada y policromada. Obra catalana del siglo XIV. Donación de la Excmo. Diputación Provincial de Barcelona.



Museo Marés. Una de las perspectivas de las salas de escultura de la primera planta



FEDERICO MARÉS Y LA REAL ACADEMIA DE BELLAS ARTES DE SAN FERNANDO

Por José Francés

Secretario General Perpetuo de la Real Academia
de Bellas Artes de San Fernando

El día 20 de mayo de 1957 la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando, bajo la Presidencia de su Director, don Modesto López Otero, acordó por unanimidad otorgar la Medalla de Honor, correspondiente al año 1956, al Museo Marés, fundado por donación generosa a la ciudad de Barcelona por Federico Marés Deulovol, el insigne escultor catalán, de la serie amplia y diversa de sus colecciones valiosas atesoradas a lo largo de su vida, en compartido fervor con la creación personal de su arte propio.

La Medalla de Honor, la más alta recompensa de nuestra Corporación, fue instituida el 25 de enero de 1943, para premiar aquellas Entidades y Organismos oficiales, y Asociaciones y Sociedades de carácter público y privado, que se distingan de manera relevante, durante el año de que se trate, en la actividad, decisiva y fecunda en la protección de las artes y su fomento eficaz, defensa y recompensa del patrimonio artístico nacional, educación y cultura en este capítulo o actitud ejemplar respecto de la tradición y belleza de las ciudades españolas.

La adjudicación —rigurosa y sólo en caso notoriamente sobresaliente—, así como la entrega solemne de la Medalla, se hacen en condiciones de difusión y publicidad que subrayan y acrecentan el aprecio e importancia de la recompensa.

Hasta la fecha han sido otorgadas las siguientes Medallas de Honor a las siguientes Corporaciones oficiales y Asociaciones Artísticas:

Diputación Provincial de Pontevedra (10 de abril de 1943); Ayuntamiento de Barcelona (12 de junio de 1944); Diputación Foral de Navarra (24 de junio de 1946); Sociedad Española de Amigos del Arte (28 de abril de 1947); Ayuntamiento de Granada (19 de abril de 1948); Ayuntamiento de Burgos (28 de noviembre de 1949); Ayuntamiento de Bilbao (11 de diciembre de 1950); Asociación «Amigos de los Museos», de Barcelona (3 de diciembre de 1951); Ayuntamiento de Salamanca (25 de enero de 1953); Ayuntamiento de Córdoba (25 de enero de 1954).

Con motivo y coincidencia de la sesión pública de la Real Academia en que se fueron otorgando las

Medallas a estas Corporaciones provinciales, municipales y artísticas —que asistían plenariamente o con especial representación—, se celebraron exposiciones de arte antiguo o moderno, de carácter histórico o divulgación contemporánea; espectáculos teatrales y musicales y se editaron publicaciones que contribuían a realzar los méritos legítimamente reconocidos.

El reciente otorgamiento de la Medalla de Honor

1956 al Museo Marés se hizo en virtud de propuesta reglamentaria presentada a la Corporación con fecha 15 de abril de 1957 por los Académicos numerarios don José Ibáñez Martín, Presidente del Consejo Superior de Investigaciones Científicas; don Fernando Alvarez de Sotomayor, Director del Museo del Prado y don Juan Adsuara Ramos, escultor y Catedrático de la Escuela Superior de Bellas Artes.



Real Academia de Bellas Artes de San Fernando. Sesión solemne de entrega de la Medalla de Honor al Museo Marés



El Director de la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando, D. Modesto López Otero, haciendo entrega del Diploma y Medalla de Honor concedida al Museo Marés, al Alcalde de Barcelona, D. José María de Porciletes. En la izquierda: el Ministro y Presidente del Consejo Nacional de la Corona, D. Juan Gual Villalbí, y a la derecha D. Federico Marés

Discurso leído por el Director de la Real Academia, don Modesto López Otero.

Excelentísimos señores:

Por tercera vez, Señores Académicos, hemos concedido nuestra Medalla de Honor, felizmente creada para premiar el estímulo y protección a las Bellas Artes, a una entidad barcelonesa. La de 1944, lo fue al Excmo. Ayuntamiento por sus constantes iniciativas de la más alta calidad artística. La de 1951, a la benemérita Sociedad «Amigos de los Museos». Hoy hacemos solemne entrega de la preciada recompensa honorífica al Museo Marés, de la misma capital catalana.

Pero esta entrega, que supone siempre justo y público homenaje a quien sabe merecerlo, ha de referirse, en la ocasión presente, tanto a la insigne Corporación Municipal que ha incorporado dicho Museo a la magnífica serie de los por ella creados y sostenidos, para su propio honor y fama, como al excelente artista, nuestro correspondiente, quien, con inteligente perseverancia, ha hecho posible la existencia de esta verdadera colección de colecciones.

Don Federico Marés es un coleccionista perfecto, que practica el coleccionismo de un modo

singularmente ejemplar. Porque el coleccionismo, o es una pasión o es una manía inocente; la manía de guardar porque sí, y entonces no merece considerarse. Pero, en arte especialmente, el coleccionismo puede ser una apasionada actividad, noble y elevada: la de reunir objetos de una misma condición o naturaleza para el placer íntimo de su contemplación y estudio; o puede tener otra intención menos noble, aunque ciertamente admisible: la de reunirlos para conservarlos con vistas a una consecuencia remuneradora, por lo menos, de atenciones y sacrificios y aún de lícito negocio. También la vanidad puede ser estímulo para el coleccionista y constituir un modo de perdurar socialmente. Y hasta existe la colección nacida de un alarde de aptitudes o de una especial competencia. Esta clase de coleccionismos, aún los mejor intencionados, son en cierto modo egoístas, ya que al acopiar se piensa, excesivamente, en la satisfacción personal, por lo que aquel legítimo afán se alimenta, casi siempre, de vano amor propio.

Pero cuando a la busca incesante y tenaz del objeto artístico, con todo su acompañamiento de trabajos indagatorios y de amargas fatigas, se une la acuciante posesión de lo que se anhela y se persigue, y después, ya en la mano el objeto, se experimenta la emoción incomparable de analizar su historia, luminosa o triste, gozando al mismo tiempo de su belleza, de su gracia o simplemente de su interés; cuando se anima todo esto con el propósito de extender hacia los demás, generosamente, ese placer de la contemplación, entonces el coleccionista es un hombre extraordinario, digno de las mayores alabanzas y gratitudes. Tal es el caso de Federico Marés, creador y donante del museo que estamos premiando.

Marés representa el coleccionista ideal que a todo lo dicho une la promesa de dirigir e incrementar, desinteresadamente, su Museo, ya de ajena propiedad, dedicando a esta labor una buena parte de su vida diaria, por tal razón activa y vigilante. Un coleccionador así sólo puede explicarse por el hecho de ser, ante todo, un gran artista, autor de esculturas excelentes, capaz de estimar y distinguir, por su cultura histórica, las de todos los tiempos y, por razón de su oficio, apto para la emoción de cualquier forma estética, pues en él se reúnen el conocimiento racional y la sensibilidad necesaria para completar el juicio de selección que es indispensable en todo buen coleccionista de arte.

Por ser conocidas de los señores Académicos, no voy a citar las obras de este escultor, uno de los mejores de nuestro tiempo, que prueban las excelencias de su arte que todos hemos admirado. Pero sí me place tan sólo evocar la exposición celebrada en Madrid, en 1945, de las estatuas yacentes de los Reyes de Aragón, para el resucitado monasterio de Poblet, en las que se funden el carácter de la escultura medieval con una perfecta ejecución, feliz resultado del estudio y meditación sobre el problema histórico y de una interpretación plástica personalísima.

Esto explica por qué lo predilecto, lo preferente de la atención de Marés sea la imaginería. Así, después de citar los mármoles griegos y los bronces y mármoles romanos, lo más y mejor de esta afortunada suma de colecciones, son obras de escultura religiosa española, desde la Alta Edad Media hasta el siglo XIX, en madera dorada y policromada, en piedra y alabastro. La serie riquísima de crucifijos de escuela pirenaica, catalana y castellana, con ejemplares de singular valor; la serie Mariana, con imágenes de notable belleza y de gran interés arqueológico; Dolorosas del Renacimiento; tallas flamencas, galas, itálicas; figuras procedentes de retablos y relieves que reproducen el estilo o la escuela de los grandes imagineros castellanos; todo lo cual ha permitido afirmar a un ilustre colega nuestro, el Marqués de Lozoya, que no es posible escribir ningún trabajo acerca de la escultura española sin conocer previamente el Museo Marés.

A la colección de esculturas religiosas que constituyen el fondo del Museo, se agregan otras colecciones de análoga importancia, tales como las que expone en la sala que su autor denomina «Sala de la Fe» y que expresa la devoción popular: cruces de varia y rica materia, valiosos relicarios, veneras, medallas, escapularios, exvotos; pilas para agua bendita en vidrio, en cerámica, en plata y esmaltes, portapaces, incensarios y otros objetos de culto, entre ellos espléndidos ejemplares de cruces procesionales, etc.

Y a lo religioso acompaña lo profano: Artes menores, evocadoras de la vida burgesa y popular de los siglos XVIII y XIX. Indumentaria femenina, joyas, adornos, abanicos, cerámica. Cosas de diversión, de carnaval, naipes, juegos; las colecciones de la sala del fumador, al parecer únicas en Europa. Relojes y objetos domésticos y otros de lo más raro e inverosímil que la paciencia y el buen gusto del coleccionador ha hecho posible; todo di-



Acto inaugural en los Salones de la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando de la exposición de grandes ampliaciones fotográficas del Museo Marés, con asistencia del Presidente del Consejo del Estado, el conde de Vallellano, el Ministro señor Gual Villalbí, Director General de Bellas Artes D. Antonio Gallego Burín, Alcaldes de Madrid, Barcelona y Port-Bou, académicos, críticos y artistas

verso y siempre interesante. No puede terminarse esta relación sin mencionar lo que se ha reunido en la llamada «Sala de la Fotografía», que contiene la historia de este arte, la evolución y el progreso de su técnica... Y todo en adición continua y abundante, como lo prueba el que desde 1952, fecha del primer catálogo, hasta hoy, se ha enriquecido el Museo con centenares de objetos, de la misma importancia y calidad que lo antecedente.

El Museo Marés supone una verdadera creación cuyas etapas formativas pueden asimilarse a las de la creación de la pura obra de arte: voluntad de triunfo, preparación necesaria en lo racional y en lo sensible, y, en fin, el personal esfuerzo constante y certeramente orientado. Viajero deci-

dido, solamente él podría decírnos a costa de qué sacrificios económicos y de cuántas privaciones se puede lograr lo que él ha conseguido con fe y entusiasmo insuperables.

Pero aún hay más. Toda esta silenciosa y espléndida labor se entrega a la cultura pública; porque el donante siente el impulso incoercible de hacer sentir a los demás el placer estético que él mismo experimenta ante la contemplación de los objetos de tantos afanes, ilustrando al mismo tiempo al profano contemplador, sobre lo que el objeto mismo significa y lo que contiene de calidad social y humana. Esto es resultado de una fecunda vocación docente, bien experimentada en sus funciones de profesor y hoy director, al mismo tiempo, de la Escuela Superior de Bellas

Artes y de la Escuela de Artes y Oficios Artísticos de Barcelona, y bien expresada en su «Glosario Pedagógico», dedicado a sus discípulos y basado en sanas ideas de afición y de perseverancia...

Los propósitos altruistas del señor Marés tuvieron entusiasta acogida, digna de lo que generosamente se donaba, en el Ayuntamiento de Barcelona, modelo de Corporaciones Municipales, quien constantemente descubre, adquiere, reúne y conserva con celo y munificencia ejemplares, todo cuanto pueda significar valor histórico o artístico, relacionado con la ciudad, con su región y, en definitiva, con la patria española, y que practica la doctrina, por cierto espléndidamente, de que el Consejo no es solamente la administración y el gobierno de la ciudad, sino la expresión de la sensibilidad y de la cultura de sus ciudadanos.

Ello merece repetirse, aunque se tenga por sabido:

Son sus obras principales, en el campo de la Historia y del Arte: El Museo del Pueblo Español; los talleres de Artesanía popular; la Escuela de Música; el Conservatorio de Artes Suntuarias; otros Museos e instituciones de la misma índole, amén de certámenes y concursos, congresos y conferencias. Y en otro orden, en lo arqueológico,

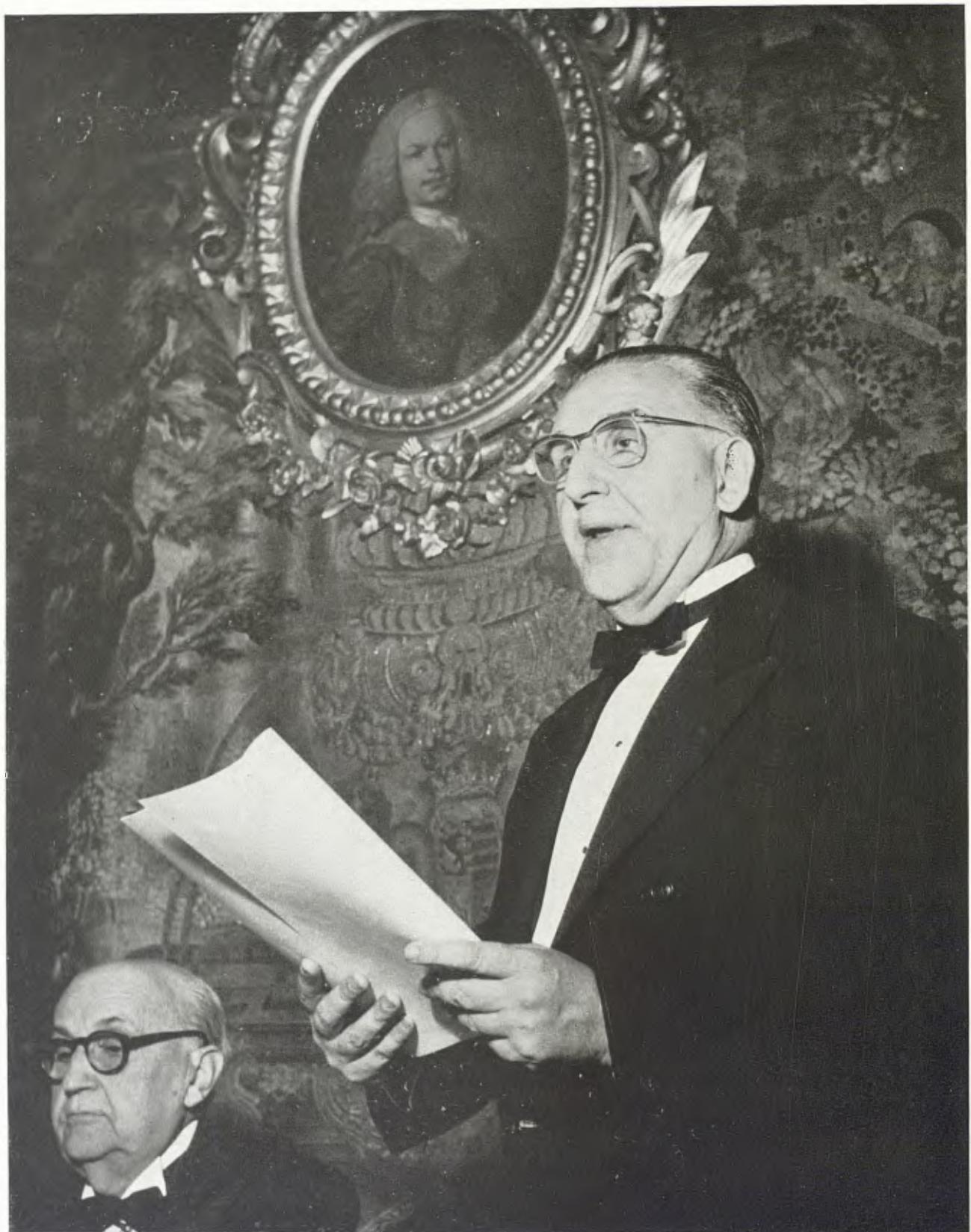
los importantes trabajos de investigación y restauración de restos y ruinas romanas y medievales, tales como el palacio de los reyes de Aragón, donde se ha instalado amplia y magníficamente el flamante Museo, y tantas obras más que pregonan y representan la cultura, el alto nivel espiritual de la noble ciudad catalana y de sus regidores.

No he pretendido con estas palabras descubrir a los señores Académicos cómo ha nacido y cómo ha sido prohijado el Museo Marés, ya que precisamente su conocimiento movió a nuestra Corporación a otorgamiento unánime de la preciada Medalla, que tampoco necesita justificación, pero sí alabanza, y en muy alta voz proclamada, para ejemplo y estímulo de los demás, que ello es propio de los fines de nuestro Instituto, tan conforme con los principios que han hecho posible esta sesión solemne.

Así pues, tengo la satisfacción, en nombre de la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando, de entregar, en la persona del dignísimo señor Alcalde Presidente del Ayuntamiento de Barcelona, la Medalla de Honor 1957 al Museo Marés, Medalla que significa, al mismo tiempo, homenaje de admiración y gratitud al ilustre artista que lo ha creado.



El presidente de la Real Academia, D. Modesto López Otero, pronunciando su discurso
Figuran además en la mesa, de izquierda a derecha: D. José Francés, secretario perpetuo de la Academia, D. Francisco Javier Sánchez Cantón, Director del Museo del Prado, el Ministro señor Gual Villalbí, Alcalde de Barcelona D. José María de Porciletes y Federico Marés



D. José María de Porcioles, Alcalde de Barcelona, pronunciando su discurso después de haberle sido entregada la Medalla de Honor concedida al Museo Marés. A su derecha, el Presidente de la Academia D. Modesto López Otero

Discurso de contestación, leído por el Alcalde de Barcelona, don José María de Porcioles.

Excelentísimos señores;

Ilustrísimos señores;

Señoras, señores:

Barcelona viene de nuevo a esta docta casa. Fue en 23 de noviembre de 1945, cuando en acto solemne, esta Corporación hizo entrega de su Medalla de Honor al Ayuntamiento que en estos momentos represento, por su meritísima actuación en el campo de las Bellas Artes.

Es, pues, la segunda vez que esta Academia hace objeto de especial predilección a nuestro Municipio. Bien sé con qué espíritu de justicia otorga esta ilustre Corporación sus distinciones. Pero no se me escapa tampoco que en este reiterado homenaje a la Ciudad de los Condes, hay también una manifestación de la simpatía y cordialidad que este Madrid, esta gran capital de España, tiene para nuestra ciudad. Pero en esta ocasión, al distinguir a Barcelona, lo hacéis a la vez a este hombre extraordinario, a ese gran escultor y coleccionista, a don Federico Marés, a cuyo esfuerzo se debe la creación del Museo que lleva su nombre, vivo relicario de la escultura patria.

La semilla de las grandes actividades del espíritu sólo germina en ambientes adecuados y propicios. Surgida junto al clásico mar, se han sedimentado en Barcelona todas las culturas que a través de los siglos florecieron en sus costas. Se siente vinculada a la gracia helénica y un poco sucesora de la tradición romana, creadora del más grande pensamiento jurídico que aún en el medioevo fue común a Europa entera. En Marés hay un poco de ambas culturas. Parece que en él perduren toda la belleza de Atenas y el perfecto equilibrio del pueblo de Roma.

Barcelona siente por Marés y por su excepcional obra, su gran Museo, un profundo cariño y un sincero reconocimiento. Marés y Barcelona se identificaron: el escultor puso su ímpetu y su inquietud, y Barcelona su vieja tradición, renovada siempre en nuevos afanes. Una ciudad requiere bastante más que urbanismo y demografía. Una simple prestancia o un mero auge material sólo lograrían dar una física impresión de bienestar y riqueza. Es la amplia política del espíritu la única que permite lograr la necesaria elevación colectiva y crear una verdadera nobleza ciudadana.

na. Una gran ciudad necesita ciertamente de empresas creadoras de riqueza, de externos signos materiales, pero debe paralelamente llevar adelante todo su fervor por la cultura y por la creación y desarrollo de las instituciones del espíritu. Sólo éstas otorgan rango y categoría.

Barcelona nunca ha sido indiferente a esas exigencias. Caracterizada como ciudad industrial, fue a la vez y en todas las épocas fecunda productora de arte y solar de mecenas generosos y de notables coleccionistas, perfectos conocedores y amantes de sus tesoros.

Aducir podríamos, como primer antecedente museístico, el patio de la Casa del Arcediano, donde el canónigo Luis Desplá reuniera en el siglo xv su colección de esculturas e inscripciones romanas. Sin insistir en orígenes tan remotos, la ascendencia directa de nuestros museos cabe buscarla en las iniciativas de la primera mitad del siglo xix, que las Reales Academias de Bellas Artes y de Buenas Letras, la Comisión Provincial de Monumentos y Escuela de Nobles Artes convirtieron en realidad.

El crecimiento de Barcelona abrió nuevos horizontes, pero a la vez planteó nuevos problemas que en un esfuerzo común hallaron holgada solución. Si las Academias, los Cenáculos de Artes y Letras, los Centros de Investigación científica, respaldaron la labor realizada y adelantaron los resultados hacia comunes logros, las Asambleas, los Congresos, las Exposiciones, consagraron y defendieron los progresos realizados y crearon un clima propio a nuevas modalidades del espíritu.

Los Museos y los coleccionistas particulares surgieron como una mera consecuencia. En el culto al pasado, la ciudad mantenía viva la inquietud de la hora presente.

Barcelona presenta, por ello, un extenso catálogo, a cuya fundación la iniciativa y la generosidad de los particulares contribuyó al lado de la obra estatal, provincial o del Municipio. La colaboración ciudadana, indispensable para que la obra cultural resulte eficiente y adaptada a las condiciones de lugar y tiempo, ofrece un volumen y alcance insospechados. La inquietud y la munificencia se han hermanado en todos los tiempos.

Podemos vanagloriarnos de un amplio e importante panorama museístico. Junto a los Museos

de Arte está el de Arqueología, el de Etnología, el de Industrias y Artes Populares, que conserva los aspectos más elementales del trabajo y de la vida social de todas las regiones españolas. El Museo de Historia de la Ciudad —cuyas primeras instalaciones son los restos de la urbe primitiva, devueltos a la luz tras pacientes excavaciones—, nos muestra la incesante evolución de Barcelona a través de todas las edades.

Además de los Museos que podríamos llamar clásicos, Barcelona tiene otro de características inconfundibles: el del Pueblo Español de Montjuich, esencia y concreción de España entera, muestrario de todas las manifestaciones artísticas, recinto señero de un proceso de ascensión humana, en el que las industrias y el arte tradicional de las comarcas españolas, pervive todavía en forma análoga a como naciera en las estrechas calles o porticadas plazas de nuestros pueblos.

Pero este fervor, que constituye esencia de nuestra vieja historia, ha tenido su continuidad en el arduo y noble trabajo de restauración de sus monumentos antiguos. Labor esforzada, con la cual se ha dado la singular paradoja de que el pasado de la ciudad colabore eficazmente en su moderna urbanización. El Barrio Gótico ha dejado de ser una legítima complacencia local para convertirse en un poderoso imán de atracción turística. La restitución de la vieja muralla romana nos ha proporcionado durante estos últimos meses gratas sorpresas.

Pero no nos desplazemos de nuestro Museo, engarzado en el Barrio Gótico, obra maravillosa de la tenacidad, altruismo e inteligencia de un solo hombre, excepcional desde muchos puntos de visita: el Museo Marés, que por su espléndida colección de tallas es totalmente indispensable para conocer la evolución de la escultura española, ofrece una serie continuada de esculturas, desde antes de nuestra Era hasta las manifestaciones del arte barroco y neoclásico. Colección rica en ejemplares, lo es también en obras maestras. Toda España, de Norte a Sur y de Oriente a Ocaso, está acusada por esculturas típicamente representativas de cada una de las regiones. Aparte la espléndida variedad de crucifijos y calvarios, las imágenes de la Virgen destacan hieráticas las más antiguas; sonrientes las góticas; solemnes y ampulosas las barrocas, pero cada una con el sello propio de la tierra, que deja aparecer los rasgos raciales de las muchachas y de las mujeres mon-

tañesas o de las riberas, del campo, de los pueblos y de las ciudades.

La segunda parte del Museo Marés está dedicada al arte que decora y ennoblecen los objetos de uso diario: llaves, llamadores y toda clase de herrajes; la indumentaria y sus accesorios; la cerámica religiosa y la doméstica; las arquetas, los relicarios, relojes, juguetes y todas cuantas cosas de uso cotidiano han sido dignificadas por la mano del artífice o del artesano.

Se trata de un Museo denso y de gran valor educativo, relicario de inapreciables manifestaciones artísticas y testimonio perenne de la grandeza espiritual de nuestro país. Excepcional, decíamos. Extraordinario, sobre todo por ser producto exclusivo del esfuerzo personal y del sacrificio constante de Federico Marés, el escultor insigne y siempre en trance, que en fecundo peregrinaje ha querido rendir homenaje a los artistas de su oficio, salvando no pocas de sus obras dispersas y a veces olvidadas, dándoles digno cobijo en su Museo. Verdadero mecenas, no aplazó la donación de sus colecciones hasta después de su muerte; Marés ha sabido elevar su generosidad al sacrificio heroico de legarlas en vida, en vida sana y activa que todos deseamos dilatada por muchos años para gloria de la escultura española y viviente ejemplaridad de su noble gesto.

El Ayuntamiento de Barcelona sólo aspira a completar esta gran labor. La Corporación que presido no podía estar ausente en este noble gesto y ha destinado a Museo uno de los más bellos edificios de la Barcelona antigua, que fue palacio mayor de nuestros condes y reyes de Cataluña y Aragón, hoy en curso de ampliación, y se esfuerza en rodear del más digno marco que merece la obra valiosa, atesorada por el esfuerzo del artista. Y en colaboración de esfuerzos me cabe hoy el honor y la satisfacción de aprovechar esta solemne oportunidad para informar a esta Real Academia de Bellas Artes de San Fernando, que hace poco el señor Marés logró localizar en París cuatro grandes relieves de alabastro, obra capital del escultor palentino Francisco Giralte, el más importante colaborador de Berruguete en el coro de la catedral de Toledo. Me refiero a los retablos «La Anunciación», «La Visitación», «La Natividad» y «La Presentación de la Virgen en el Templo», que hasta 1906 pertenecieron al famoso monasterio de la Espina, y que durante medio siglo han decorado la casa llamada del Patio del Infante, por donde desfiló lo más destacado de la

intelectualidad de París. Las gestiones realizadas, no exentas de dificultades, debidamente respaldadas por la Dirección General de Bellas Artes, han sido culminadas con éxito. Los relieves han entrado de nuevo, después de cincuenta años de ausencia, a formar parte del patrimonio museístico nacional.

La Real Academia de Bellas Artes de San Fernando ha sabido aquilatar con afecto y justicia tantos y tan señalados merecimientos, al conceder a Federico Marés su más alta distinción, la Medalla de Oro, de cuya dignidad se enorgullece y expresa la más cálida gratitud el Ayuntamiento de Barcelona y la ciudad entera que me honro en representar.

Pero vuestra distinción nos es especialmente querida porque en ella se enaltece y consagra, como merece, un gran acto de ciudadanía: el noble gesto de Marés. Si mal no recuerdo, fue en 1403 cuando el admirable escultor Donatello, acompañado del más importante arquitecto de su tiempo, Brunelleschi, hizo un viaje a Roma en busca de tesoros antiguos. Fueron vestidos de terratenientes y se dedicaron a escarbar y horadar la tierra. Se les llamó «buscadores de tesoros», pero distintos de

los que se imaginaban. Gastaron en ello sus mórdicos recursos y para poder vivir se vieron obligados a entrar como obreros en un taller de orfebres.

Marés ha sido el Donatello de los tiempos presentes. Escarbó por toda España todos los tesoros de nuestro arte; buscó nuestras manifestaciones artísticas y logró hacer un museo. No le fue necesario ir a un taller de orfebres para subsistir: le ha bastado su arte, que esparció generosamente, tal vez para que los demás busquen también, el día de mañana, no ya el dar, sino en el enseñar y en su esforzado afán de conservar y vigorizar su propia obra.

Barcelona siente el honor de contribuir a salvar nuestro patrimonio artístico de todo posible abandono. Barcelona y Marés están estrechamente unidos. Hoy, a esta vinculación se añade la de esta docta Academia, que ha querido valorar este esfuerzo y compartir nuestra satisfacción.

La Ciudad Condal tiene como especial blasón el poder conservar y mostrar un inestimable tesoro espiritual de nuestra España. Es una muestra del tenso y constante espíritu de servicio de la vieja Barcelona. Muchas gracias.



Una de las perspectivas de las salas de cerámica



F. Marés. Figura en mármol. Colección J. M. C.

FEDERICO MARÉS

EL HOMBRE

Por Juan Bautista Solervicens



Marés, en 1920, cuando logra sus primeros éxitos oficiales y recibe sus primeros encargos de obras para decorar edificios y plazas públicas

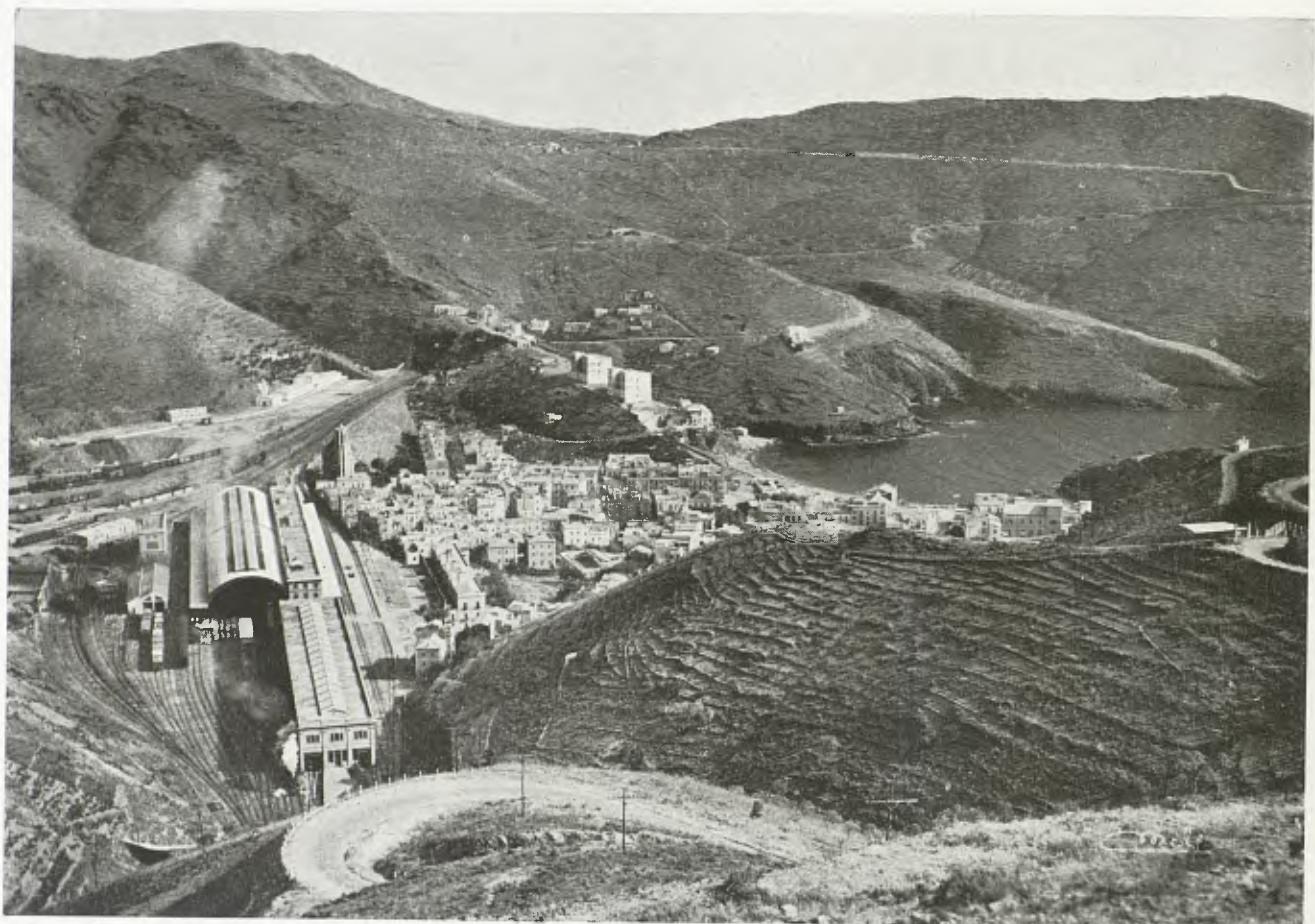
En la etapa de su revelación, Federico Marés hizo patentes una extraordinaria sensibilidad artística y una prócer e invencible voluntad. Sin esas cualidades no habría sido posible la fulgurante carrera del escultor. De su feliz entrega a la vocación, dan testimonio los éxitos alcanzados en su temprana juventud, seguidos, a muy pocos años de distancia, de la serie de triunfos que implicaron su consagración definitiva. Señor del mármol, Marés produjo entonces algunos de nuestros más expresivos e ingravidos monumentos.

Claro está, sin embargo, que esa sensibilidad artística y esa voluntad, que han alumbrado tantas obras de intemporal respiro, son hoy insuficientes para explicar la personalidad de Marés. El coleccionista, el pedagogo, el mecenas, han exigido otros valores en él, que no quedan explicitados con la mera alusión a sus títulos. ¿Cuáles son esos valores? Podemos afirmar, ante todo, que se trata de valores vitales. Siendo Marés todavía muchacho, en Port-Bou y en la casa de sus padres, un visitante ilustre —el doctor Carselade du Pont, obispo de Perpiñán— anunció y bendijo en él, no sólo a un gran artista, sino a un gran hombre.

Tendría entonces Marés unos nueve años. Acu-

día con puntualidad a las primeras letras. En empeñado balbuceo, pródigo en rasgos de ingenio, dibujaba, pintaba, modelaba. Atendía a las conversaciones de los mayores con instintiva selección de los momentos de más calidad. Propendía a lo poético, a lo maravilloso. Buscaba, en todo, la nota incisiva y por ello se complacía sobremanera en escuchar el relato de los hechos de su abuelo paterno, figura de no pequeña dimensión a pesar de haberse inscrito en un ámbito modesto. He aquí uno de los impactos que dejó en el alma de Marés aquella sencilla y emocionante historia: alcalde de Port de la Selva, su abuelo redujo —aplastó— a quien, ducho en pendencias, le retó a desafío, contestando ante el pueblo —pueblo de pescadores—, que él escogía, como arma, el tridente.

En esta infancia de Marés, que transcurrió en un hogar no libre de estrecheces, su famosa colección se había ya iniciado. Cronológicamente, la primera pieza del Museo que lleva su nombre, es la estampa japonesa que en aquellas fechas le regaló su padre, de quien Marés heredó la afición a los libros, los grabados y los autógrafos. Su Museo, un día u otro, expondrá en lugar preferente aquella es-



Port-Bou, límite de la «Costa Brava». Magnífica perspectiva que permite seguir en el fondo la línea ascendente de la carretera internacional y, en primer término, el bloque monumental de los edificios de la estación y aduana

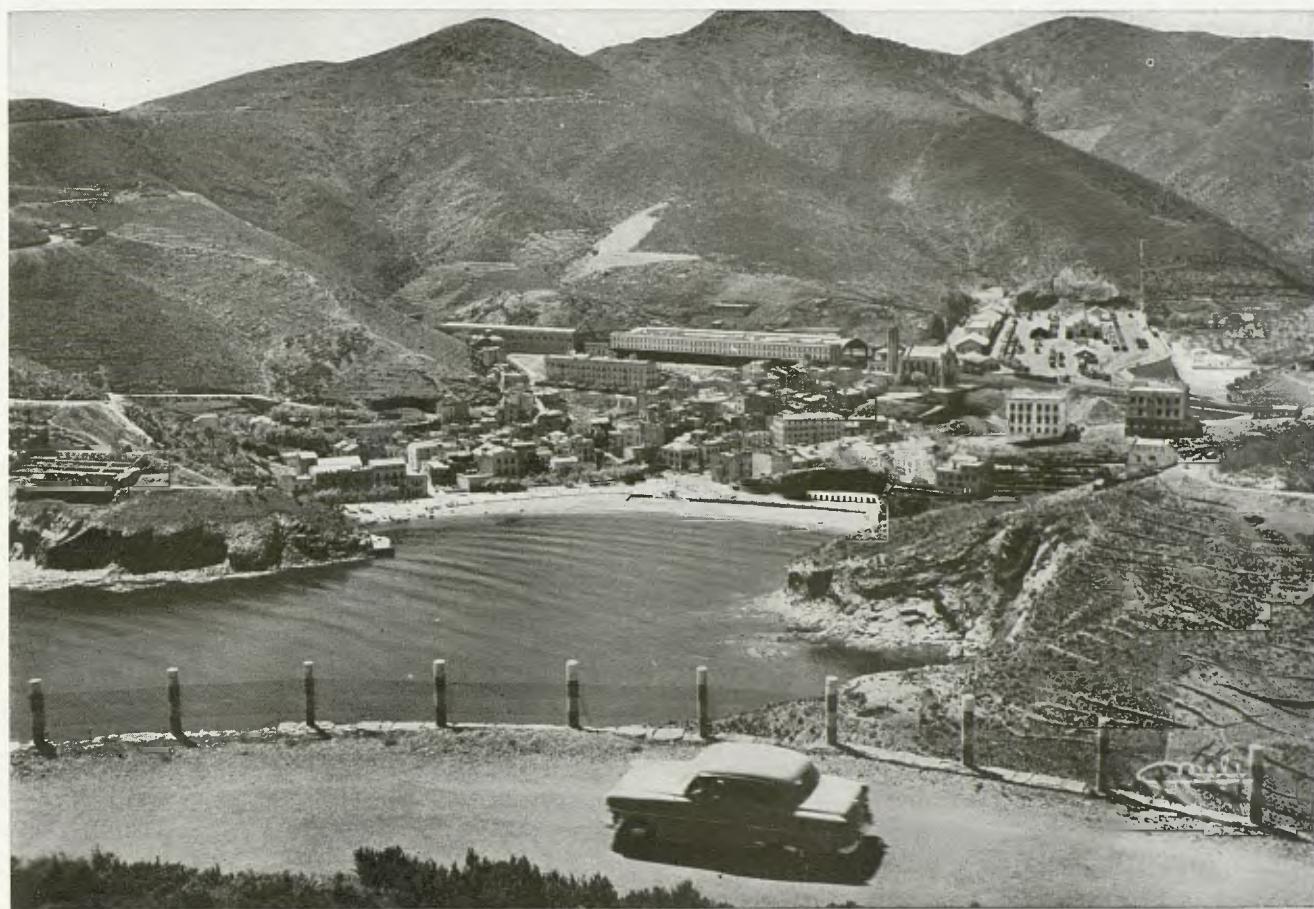
tampa. De ella arranca la colección, que exigió después medio siglo de sacrificios y desvelos, coronados finalmente por Marés con el determinio principesco de donarla a la ciudad de Barcelona.

Creo hacerme entender al escribir «determinio principesco»; pero reconozco que el adjetivo debe considerarse inexacto. Con su impresionante gesto, Marés no trataba de imitar a los poderosos de la tierra, sino que, en rigor, venía a estimularles. Su esplendoroso donativo no era un sobrante que dejase inalterada su situación, sino un desprendimiento entrañable que económicamente le empobrecía. Al día siguiente de haber formalizado la donación, Marés tenía que enfrentarse de nuevo con la vida, y volver al taller, y pedir fortuna al cincel, y redoblar en sus normas de austeridad y de trabajo.

Entramos aquí en esos valores que quedarían velados si, refiriéndonos a Marés, hablásemos únicamente de sensibilidad artística, de voluntad y de generosidad. La verdad es más profunda, porque esa generosidad es de naturaleza personalísima, y no sólo se ha extendido a otros campos, sino que, en lo que al Museo respecta, éste ha recibido constantemente, de Marés, tesoros de tal importancia, que, en conjunto, hoy pueden ya emparejarse con su deslumbrante aportación primera.

¿Qué fuerza mueve a Marés? En conciencia, ¿quién podría negarle una excelsa ciudadanía? Pero importa captar en ella lo que haya de específicamente ejemplar. ¿Cuál es el resorte de ese patriotismo? Y yo creo que la respuesta es incontrovertible: en el más alto grado, en la más pura tensión, un nunca satisfecho inconformismo. Es triba, esa ciudadanía, en un vibrante, ardoroso, insuperable sentimiento del bien común, visto en sus incrementos posibles como necesario y urgente.

Este es su eje dinámico. Ello equivale a decir



Port-Bou. Vista panorámica en la que destaca la horizontalidad de la estación internacional. Este bello rincón rodeado de abruptas montañas, ayer solitario refugio de pescadores, es hoy uno de nuestros grandes pasos internacionales, por el que diariamente cruzan en un ir y venir constante, gentes de todas las razas

que Marés posee, junto a su sensibilidad artística, una también extraordinaria sensibilidad social. Nada, en lo social, le es indiferente. Dios le ha llamado, en el mundo de las artes, a procurar la mejor distribución de los bienes del espíritu; pero Marés ha querido ofrecer más y dar de lo suyo incluso en lo material, transformado previamente en los elementos más eficaces para aquella superior finalidad. Este imperativo de justicia social en el orden de la cultura artística, explica la formación y donación del Museo, así como la dilatada presencia de Marés en las actividades docentes y corporativas. Por lo que a éstas se refiere, es obvio subrayar que amenguan la producción del escultor, quien, en lo demás, es también, en parte, absorbido por peticiones que no pueden ser compensadas —lápidas conmemorativas, bustos, imágenes. Por ello, pues, el profesor y promotor

constante de manifestaciones artísticas y culturales, continúa siendo un auténtico mecenas.

Sólo las personas que se mueven cerca de Marés, conocen su pasión por la escuela. Desde las alturas académicas a que ha llegado, no olvida nunca la escuela, sus escuelas. Las dirige con sostenida energía, más inclinado tal vez a las que tienen carácter popular. Esa misma adhesión a cuanto sirve para difundir los bienes superiores impulsa su amor al libro, despierto ya en su adolescencia. No sólo es un bibliófilo excelente, sino que nadie entre nosotros ha luchado con más tesón para restaurar en toda su plenitud las artes del libro. Sería inconcebible en Marés una inhibición de esos dos instrumentos del espíritu —el libro y la escuela— decisivos configuradores del Occidente.

A la luz de la verdad moral que le anima, todo aparece armónico en esta singularísima personali-

dad. Marés procede en todo como cumpliendo un deber. Se exige tanto a sí mismo, que siempre, incluso cuando manda, diríase que obedece. El criticismo simplista, no obstante, trató de explicar a este hombre por una codicia de honores. Pero lo cierto es que en su actitud humana se identifica una perseverante vida interior. Acepta los elogios con afectuosa cortesía, tendiendo a atribuirlos —él bondadoso— a la bondad. Recoge las críticas con reflexivo interés; y si son agrias, con resignación, aunque le afligan las injusticias que puedan inferírsele. Reserva, sin embargo, sus vehemencias, para protestar de las que se cometan con los demás. En cuanto a los honores, los muchos que hasta ahora ha recibido pueden calificarse, con evidencia, de otorgación inevitable. Recordemos los más importantes: la Gran Cruz de Alfonso X el Sabio por su recreación de las tumbas reales de Poblet; la Medalla de Oro de la ciudad de Barcelona por la donación del Museo; la Medalla de la Diputación Provincial de Barcelona, por su historial artístico; últimamente la Medalla de la Real Academia de San Fernando, que tanto como a él ha sido concedida a la ciudad.

Por lo demás, ¿qué sentido tienen los honores para Marés? En el curso del homenaje que le tributó una de nuestras primeras Corporaciones, yo descubrí que en la gratitud de Marés continuaba pesando más lo colectivo que lo personal. Al dar las gracias, señaló la conveniencia de que se constituyese un cuerpo asesor integrado por todos los poseedores de la misma distinción. Dijo que importaba que los honores no quedasen sin proyección práctica. No sé cómo fue acogida aquella idea de Marés. Si las que ha sembrado hubiesen dado fruto, hoy tendríamos muchas más cosas hechas y —ésta es ley de todas las germinaciones— muchas más por hacer. Como sea, Marés nos reveló, en aquella ocasión, que agradece principalmente los honores en razón de la mayor autoridad que con-

fieren y de la mayor obra que facilitan. Nutren en él un ímpetu, no una vanidad.

No hay vanidad en Marés, ni menos orgullo, ni por lo tanto, envidia. Nadie que vaya en su misma dirección le estorba, bien al contrario. Cuando se inauguró en el Tinell la exposición del legado Cambó, el Museo tenía también en situación de inaugurables, algunas de sus nuevas, espléndidas salas. Marés comprendió perfectamente la preferencia que se daba a la excepcional exposición del Tinell, contiguo al Museo, y que requería diferir cualquier otro acto análogo. Recuerdo la alegría con que recibió de mis manos el Catálogo de aquella Colección. Tiempo después, en una conferencia pública, pronunciaba un magnífico elogio de Cambó. Yo pensé entonces que, a la inversa, Cambó habría procedido igualmente. Ambos, mecenas, con distintas posibilidades y tendencias, también Cambó fue estimulador de poderosos. Hombre de mecenazgos incontables a lo largo de su vida, su vocación de colecciónista llegó a causarle serias inquietudes en su plano de creador de riqueza. Fue, como hoy Marés, ambicioso de bienes para el prójimo, y también enseñó a detestar la envidia.

El Museo Marés inaugura ahora muchas más salas, que las que entonces quedaron pendientes. Si se tardase, ingresaría al menos nuevas piezas, y quizás tendría que arbitrarse otro ensanchamiento. Este ritmo multiplicador —prodigioso— es conatural a todas las actividades de Marés. Los dones recibidos, los valores vitales, han encontrado en él una fidelidad que los ha potenciado existencialmente. Ha hecho su obra y la obra le ha hecho a él. Y este es el hombre del Museo, del taller, de las escuelas, de los libros, de las academias, de los centros de cultura artística, hombre de continente ascético, que transita con paso seguro, erguida la noble cabeza blanca, alta la mirada, como pidiendo siempre al ideal nuevas inspiraciones y nuevos alientos.

...Este escultor es del gran linaje de artistas a quienes la fidelidad al pasado no quita don de invención ni virtud creadora. Le debemos obra de belleza de la que derrota al tiempo porque como Dios manda, está concebida para siempre. Que su paso y el de los Reyes de Poblet por Madrid fortalezcan nuestra fe en el arte, en la historia y en la continuidad de los grandes destinos de España.

† PEDRO MOURLANE MICHELENA



Un ángulo del estudio del artista, en 1920, tan lleno de recuerdos, verdadera evocación del taller-museo ochocentista

FEDERICO MARÉS COLECCIONISTA

Por A. Durán Sanpere

De la Real Academia de Buenas Letras

Tal vez exista la posibilidad de repartir a los hombres, como dice el refrán que es posible hacerlo entre ciertas aves blancas o negras, en hombres que todo lo esparcen y hombres que todo lo guardan y coleccionan.

Si así fuera, si el coleccionismo señalase un estilo absoluto de vida, cabría establecer varias catego-

rias: los maniáticos, que guardan por guardar, sin matiz de valores, y los coleccionistas conscientes que saben elegir y dan a los objetos una mayor categoría por el solo hecho de adquirirlos.

En este segundo estadio, y en lugar muy avanzado, está Federico Marés. Su Museo no ha sido formado por piezas aisladas e inconexas, sino por se-



Museo Marés. El padre Abad de Montserrat, D. Aurelio Escarré, acompañado por su fundador y donante

ries de objetos, o tal vez por familias de objetos, en cada una de las cuales puede apreciarse dónde está el patriarca y cuáles son los parientes próximos y los lejanos. Los Calvarios, las imágenes marianas, los grupos barrocos, por ejemplo, constituyen núcleos estrictamente unidos con huellas patentes de las colecciones originarias. Y lo mismo sucede con los abanicos, las piletas, los relicarios y muchas series más de las que enriquecen el Museo.

El coleccionismo, en Federico Marés, no se justifica por una simple inclinación de su espíritu; mejor puede decirse que es debido a una pasión insoslayable y exaltada que alcanza al sacrificio personal y ennoblece la vida que ha sabido serle dedicada.

Pero el coleccionismo, aun siendo virtud, tiene el peligro de quedar en juego vano, carente de valor social, si no se convierte en tema de estudio preferente, más puntual por la constante presen-

cia de las obras estudiadas y por la anécdota emotiva de la adquisición de cada una de ellas.

La historia íntima de una importante colección particular, la del Museo Marés, por ejemplo, podría ser un libro de gran ejemplaridad. Cabría tratar el tema como una comedia o un drama cuyos personajes fueran la Sorpresa, la Tentación, el Insomnio, el Secreto, la Astucia y el Sacrificio, para terminar con una apoteosis de Victorias coronadas.

Así, en símbolo, no habría necesidad de revelar los pasos, las diligencias, el regateo, los diálogos, y tampoco otros episodios que nos dieran, etapa por etapa, la historia abnegada de cada una de las adquisiciones.

Con largos o breves diálogos, con cartas vistas o cubiertas, con derrotas y triunfos, Federico Marés ha formado un Museo que es ya de imprescindible consulta en el estudio de muchos capítulos de la historia del Arte español.

La escultura medieval y barroca de tierras castellanas, de la región de Palencia, Valladolid y Burgos, especialmente, está bien representada en el Museo Marés. Rocamador, San Miguel de Támera, Santa Clara de Briviesca, Aguilar de Campo, son nombres que Federico Marés ha hecho resonar insistente en los alrededores de la Catedral de Barcelona, junto a los nombres de Cuellar, Fanlo, La Rioja, Astorga y otros que hubieran quedado desconocidos no sólo en el Barrio Gótico, sino también en el Museo de nuestro Arte Medieval. Este es uno de los resultados más estimables del esfuerzo coleccionista de Federico Marés.

Otros le precedieron con mejor o peor fortuna. Algunos no hallaron ocasión de vincular sus colecciones con la ciudad y su esfuerzo quedó perdido. Miquel y Badía, Estruch, Vilumara, no dejaron más que el recuerdo de sus ricas y efímeras colecciones.

Otros fueron más previsores: Rusiñol, Estany, Partagás, y recientemente Faraudo, sobreviven en sus legados que convierten en públicas sus colecciones privadas. Aun aquellos que obtuvieron entrada en los Museos por el camino de la cesión lucrativa favorecieron el desarrollo de las Instituciones públicas.

El caso Marés es muy distinto. La cesión, en vida, de sus valiosas colecciones de Arte; el compromiso de seguir nutriéndolas con su esfuerzo personal; la abnegación que significa la dirección honoraria de un Museo con todo el lastre de su mayor domía y su secretariado; la responsabilidad de llevar adelante un Museo cuya importancia actual desborda el área puramente individual para convertirse en una modélica Institución ciudadana, son obligaciones y sacrificios que no pueden hallar otra compensación que la constante manifestación del agradecimiento público.



Federico Marés, académico, dando lectura del estudio sobre la vida y la obra del escultor Damián Campeny, en la sesión solemne de homenaje al insigne artista celebrada por la Real Academia de Bellas Artes de San Jorge



Museo Marés. Sala de escultura siglos xv-xvi



Edificio histórico. El Palacio Mayor de los Condes y Reyes de Cataluña, hoy Museo Marés

MARÉS. EL MECENAS

Por J. Subías Galter

De la Real Academia de Bellas Artes de San Jorge

No es posible resistir la tentación de iniciar este esbozo de cuanto significa la fundación a que alude, sin comentar un reiterado acontecer, expresivo del prestigio de que goza el donante del extraordinario Museo. Ello indica a la par, la vida que ha sabido infundirle a cada uno de sus elementos —y a su conjunto inmensurable, desde los de dimensiones mínimas a los monumentales dedicando a unos y a otros igual inteligencia y análoga amorosa atención.

Repetidas han sido las oportunidades —y este es el objeto de nuestro comentario previo—, en que hallándonos explicando la evolución de la escultura

hispana en las salas del Museo, o comentando las más señeras piezas del inigualable conjunto ante públicos doctos, visitantes ilustres, alumnos ya formados, maestros en proceso de capacitación para a su vez difundir los valores del arte... ha irrumpido de pronto la casi ingrávida figura del fundador, aureolada su cabeza de níveas guedejas; entonces, los objetos parecen revivir al conjuro de su palabra en un fluyente comentario, en un anecdotario copioso, que convierte en centro de interés, no sólo artístico arqueológico, sino humano, a cada uno de los temas comentados.

Insistentemente se le ha solicitado consigne por



Impresionante visión de una de las salas de escultura en la que figuran piezas de los siglos XII, XIII y XIV

extenso en sus Memorias cuanto concierne a cada cosa en sí —talla o relieve, mueble o joya—, siguiéndola en todo su proceso, desde haberla adivinado en los oscuros templos pueblerinos, monasterios seculares olvidados, hasta su adquisición apasionada. Algo de ello se ha logrado en conferencias, casi siempre verbales y felizmente improvisadas, y en certeros juicios que se han trocado en fichas de catálogo merced a la mano amiga, pero siempre se marchita la que ha sido exposición brillante, sucinta y adecuada al surgir de sus labios.

Es normal que un Museo se haya venido fraguando secularmente, y que las colecciones tengan origen en los palacios reales, o que sean dones principescos cuando no procedan de remansadas organizaciones o entidades episcopales, catedralicias o académicas. Pero en este caso todo ha surgido rápido y espontáneo como milagro a los ojos del público que ignora que ello condensa el anhelo vital de un hombre que llevaba en lo más profundo de

su ser la esencia del coleccionismo: amor a toda cosa bella, sensibilidad para apreciarla, voluntad inquebrantable de adquirirla, afán altruista de hacer gozar a todos de la magnífica y espectacular reunión del fruto de sus afanes, desvelos de una vida de lucha e inquietudes.

Unase a ello la noble ambición de superarse en dones reiterados y en muchos casos silenciosos, ignorados, y se comprenderá el proceso ininterrumpido de captación de piezas cumbres que gracias a su diligencia pudo evitarse que fueran a valorar otros museos de países de más posibilidades que el nuestro, para aumentar el patrimonio nacional, al enriquecer el inicial legado hasta quintuplicarlo al cumplirse la década de su inauguración como Museo.

Se ha venido afirmando que no se puede tener una visión global de la escultura hispana, sin penetrar en las salas de este singular Museo. A lo que puede añadirse que, quien dedicare unas horas a esta inmensa serie de colecciones, habrá gozado

de la panorámica contemplación de cuanto significan momentos estelares de la plástica, y al mismo tiempo, de los conjuntos complementarios indispensables para hacer comprensible el arte de esculpir y tallar, de los influjos percibidos, y de aquellas creaciones originales, autóctonas, que significan un nuevo aporte de lo hispano a la esencia cultural universal.

Es una vana pretensión el querer reflejar en unas páginas los valores plásticos concentrados en las dilatadas y numerosas salas que forman el Museo en constante incrementación. Por consiguiente, cuanto se diga será tan sólo pálido reflejo de la realidad existente. Téngase en cuenta que actualmente se inicia el contenido con muestras valiosísimas de la escultura griega y romana, prosigue con la etapa paleocristiana, y se remansa ampliamente, a continuación, en cuantas manifestaciones se puedan ya calificar de arte español propiamente dicho.

Así, después de enumerar los mármoles helenísticos, los bronces y mármoles romanos, el sorprendente sarcófago cristiano del Maestro de Layos y las primeras manifestaciones del llamado arte «bárbaro», se hace preciso señalar el incremento que el Museo adquiere, tras de esta etapa de exquisitas muestras de las escuelas «madres», al introduciéndonos en el mundo de la escultura de la Edad Media, para seguir después, con semejante prodigalidad, al través del riquísimo conjunto de lo gótico, de lo renacentista y barroco.

Conviene destacar series icónicas importantes, acopladas en este Centro como en ningún otro de España, ni del extranjero, con manifestaciones expresivas de la evolución experimentada por los temas del Crucificado y de la Virgen, en los que lo sereno y mayestático enlaza con lo expresivo y lo patético.

El tan intenso como extenso ciclo icónico se dilata en las figuraciones de Santos aislados, relieves, composiciones, grupos y conjuntos íntegros de retablos, con finas labores de maderas talladas y doradas. En todo ello, y en cada una de sus fases artísticas, se encuentra el ejemplar valioso, la pieza principal, enlazable con los más preclaros ejemplos anónimos y con las más altas figuras conocidas de la gran escuela escultórica hispana desde lo románico a lo gótico, a lo barroco, renacentista y neoclásico.

Sin menoscabo del gran interés y del merecido comentario que a lo clásico se ha dedicado, extendiendo la alusión a cuanto precede lo románico,

destaca en primerísimo lugar el imponente conjunto del tema del Calvario, que se inicia con la extraordinaria concentración de los ejemplares arcaicos, denominados de «los cuatro clavos».

De entre ellos, son famosos por su culto antiguo, por su calidad excepcional y profundo interés icono-escultórico, los que en su día integraron los Descendimientos o centraron los Calvarios, procedentes de diferentes regiones de Cataluña, Aragón, Zamora, Astorga, León, Toro, Burgos, Valladolid y Palencia, entre otros lugares de origen, acusando un culto inusitadamente fervoroso ya en épocas remotas.

No basta, empero, su enumeración, ni una visita apresurada, para alcanzar su trascendencia. Es preciso detenerse en la contemplación del rostro, las manos y los pies divinales; observar su estructura craneana, tan varia; las rigideces y las torsiones del cuerpo; el variadísimo plegado de los paños; la diferenciada posición de los pies, el rizado de las barbas, la fórmula de sus pienados, el hieratismo de los brazos y la impresionante profundidad de la mirada en los que mantienen los ojos abiertos, dirigidos a un horizonte ilimitado.

Un detenido análisis requieren asimismo los conjuntos del tema Mariano que el Museo atesora, formando series en las cuales puede decirse que los sucesivos modelos constituyen matices de la constante evolución del tema. Es sorprendente el amplísimo y variado conjunto románico, que alcanza desde las modestas tallas de madera dorada y policromada, a las auténticas iconas, prototipos magníficos que se repetían de modo incansable aunque nunca monótono, con acentos y matices siempre distintos. Descuellan las que imitan el marfil y las que, sin ser de materia ebúrnea, inclinan el cuerpo en torsión elegante, basculando.

Son en realidad sostenes o portantes del Niño-Dios, y en todos los casos —pétreas, metálicas, ebúrneas, talladas en madera, pintadas o recubiertas de finos panes de oro o plata— son efigies sagradas, imágenes que han recibido cultos centenarios, en algún caso milenario.

Su conjunto es tan amplio, que reúne desde las imágenes hieráticas veneradas en remotos cenarios perdidos entre montes lejanos, hasta las creaciones palatinas, reales, entalladas en finos alabastros; las que delatan la Iglesia principesca, las que proceden de las clausuras, señoriales un día, después arruinadas.

Lo fuerte, lo grandioso, según la fórmula estereo-



Sala de escultura del estilo llamado de Isabel y Fernando

tipada en la argéntea Virgen de Astorga, se avecina con la imagen renana de fundidas y modeladas planchas con alvéolos para enriquecerse con piedras, con esmaltes, o con la de rasgos faciales humanizados, embellecidos, en consonancia con el canon propio y característico del reinado de Alfonso X el Sabio.

Lo orientalizante románico se auna con la tendencia expresionista humanizada del siglo XIII, con las finas elegancias del XIV, con las magnificencias del XV, con la plena eclosión castellana del estilo

Isabel y Fernando, rica en valores expresivos del patetismo, feliz en la expresión de la vida interior por vez primera, tanto del sufrimiento acongojante elegancias del Renacimiento y con la grandiosidad del barroco.

como de los estados seráficos... con las supremas

En proceso paralelo al del temario románico, en la etapa de lo gótico, los asuntos que básicamente centran el Museo y le imprimen su específico carácter, son las plasmaciones del Crucificado y de la Virgen Madre. Pero la mayor amplitud icono-



Escultura del Renacimiento

Ángulo de una de las salas de escultura del Museo



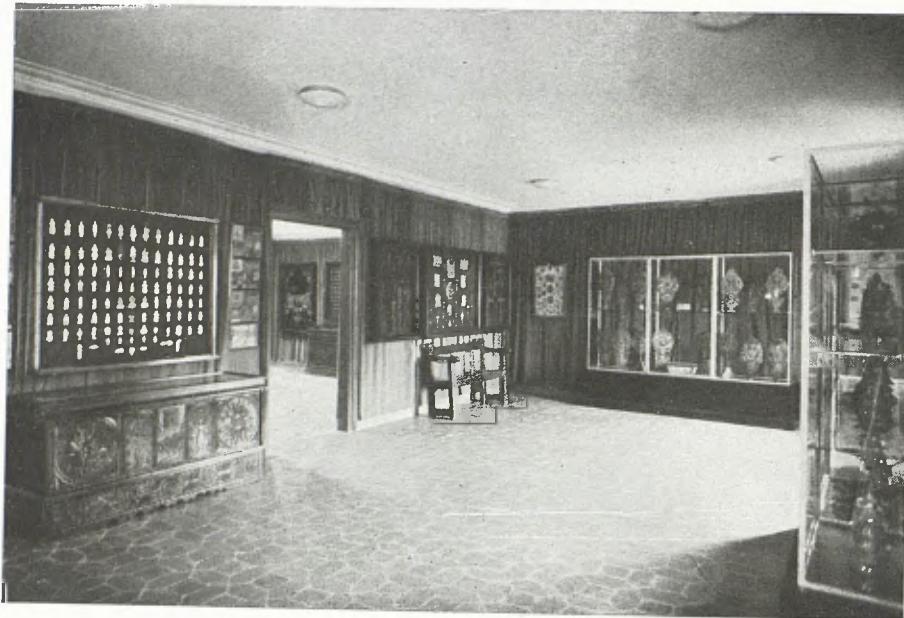
gráfica a la sazón imperante, se aumenta con la aparición de los relieves integrantes de numerosos retablos tallados y la cuantiosa representación de los Santos. Todo ello determinará un más animado conjunto, que presidirán no obstante los Crucifijos grandiosos, de tres clavos en este caso, agonizantes, trágicos, contorsionados, expresivistas, propios de la interpretación del drama del Gólgota; o las más varias representaciones Marianas: Dolorosas con el Hijo muerto en el regazo, o gentiles, rientes, Vírgenes jóvenes puestas en pie, humanizadas, jugan-

do con el Niño, basculantes por efecto del peso de su Divinidad.

Las regiones de España están aquí representadas con sorprendente riqueza de ejemplares, desde los pastoriles, que hacían obligados los itinerarios en las cañadas de la Mesta, a los reales. Y junto a las que fueron sencillas creaciones populares, van empezando a señalarse fechas y nombres de autores. Las nuevas maravillas de la plástica son ya creadas por los maestros de la talla, por los famosos imagineros hispanos, tanto de las fuertes tierras castella-



Sala de escultura barroca



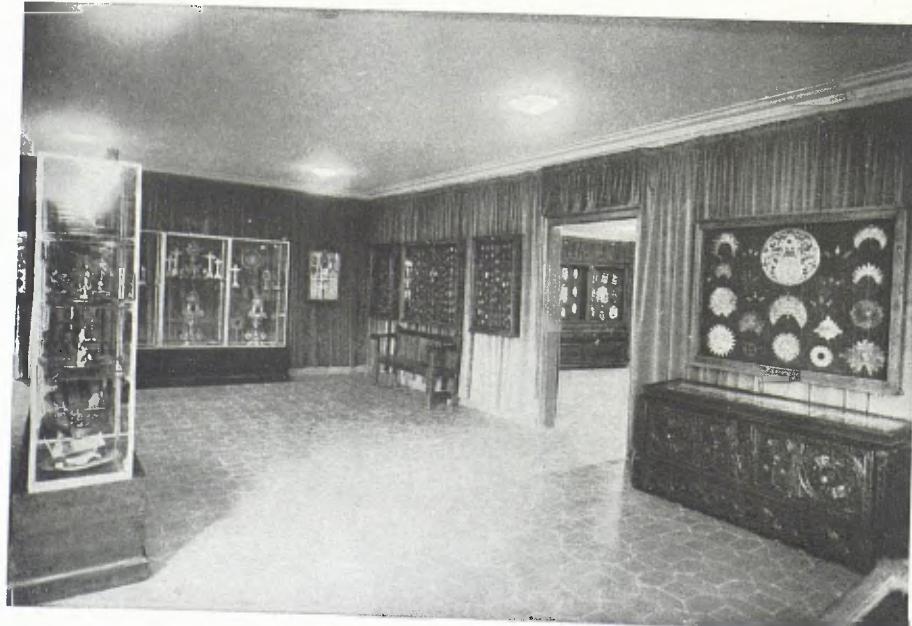
Ángulo de la sala de la «Fe» sección de las Artes suntuarias

nas como de las sensibles andaluzas, propensas unas y otras a las más emotivas originalidades. Sus nombres son del dominio de todos, pero no será vano recordar que de sus manos son, ya identificadas, numerosas tallas y relieves que aguardan en las Salas del Museo: Juní, Forment, Colonia, Siloe el Viejo, trazas de Lorenzo Vázquez, Sebastián de Almonacir, Ordóñez, Berruguete, Siloe el Mozo, Becerra, Mena Medrano y Mena el neoclásico. El Greco, Morlanes, Martínez Montañés, Mora, Salcillo y La Roldana...»

Lo expresivo, lo patético, lo trágico se emparejará con lo fino, lo delicado, lo esbelto, lo elegante tallado con primor y genialmente policromado en muchos casos, o dorado.

Esta etapa culmina en el momento estilístico denominado de los Reyes Católicos. Y a los primores de lo gótico se enlazará cuanto viene a representar el purismo italiano, la mano renaciente hispana, inspirando creaciones geniales de quienes supieron «dar vida al leño».

Los ecos miguelangelescos resonaron en los ta-



Ángulo de una de las salas sentimentales del Museo

Ilustres españoles que por su genialidad merecieron la calificación de «Aguilas».

Se diría que tales esplendores han de agotar el tema, pero este no fine ni con los «churrigueroscos», ni aún con los neoclásicos. La floración prosigue con los castellanos serenos y los andaluces contorsionados, con los brillantes levantinos y con los sobrios catalanes.

Al tema de la Virgen Dolorosa ha sucedido el de la Inmaculada de mantos floreados, y para la nota sentida, de pena concentrada y silenciosa, las gubias de los maestros de la talla, darán de sí la más intensa serie de las «Soledades».

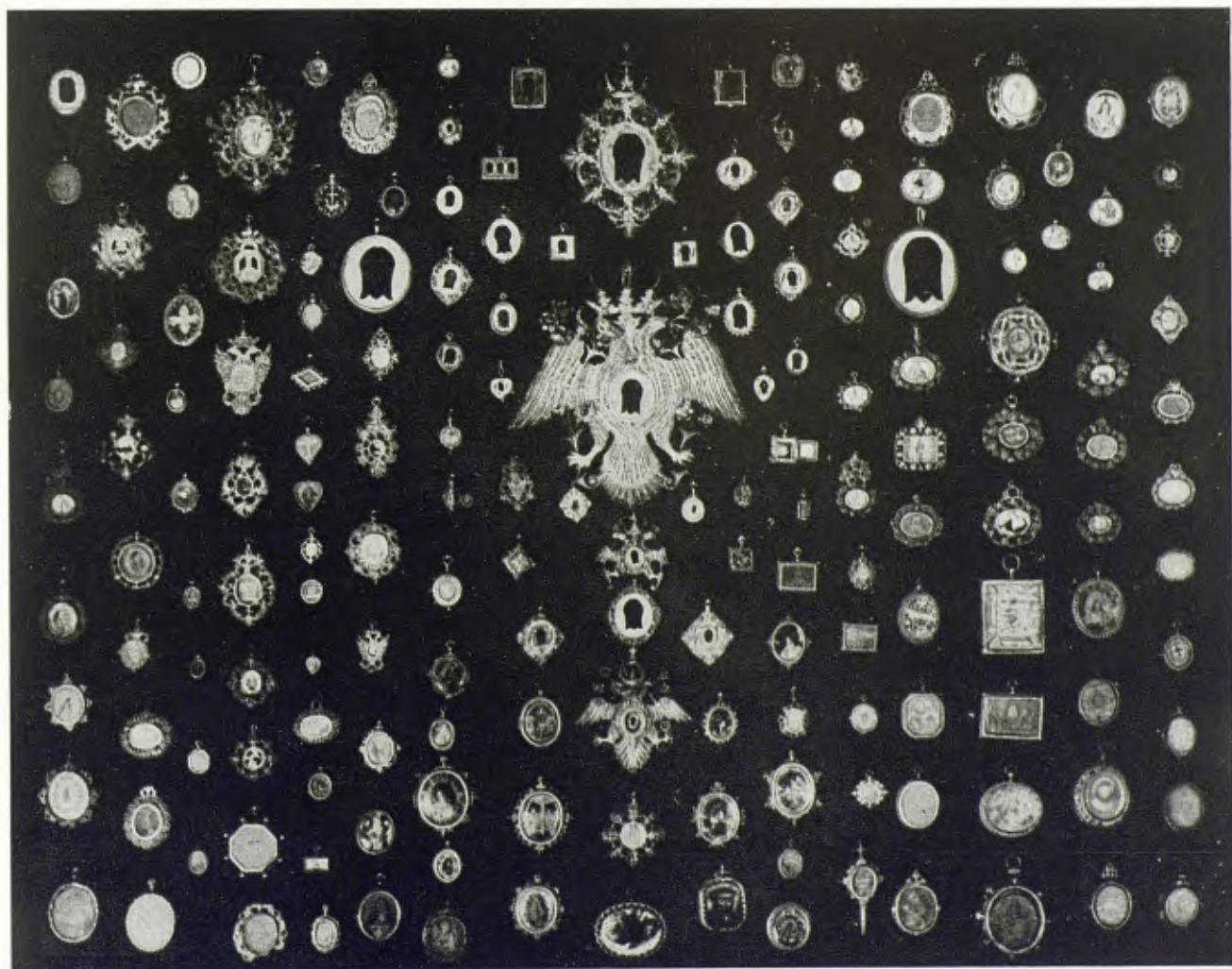
Crucifijos e imágenes de la Virgen, han ido sucesivamente expresando los sentimientos místicos de la raza, al través de los tiempos y de los influjos imperantes. Una visita al Museo Federico Marés hará comprender y sentir el arte de nuestro país, y aún el de todos aquellos sobre los que nuestro influjo se expande, mejor que un dilatado viaje. El

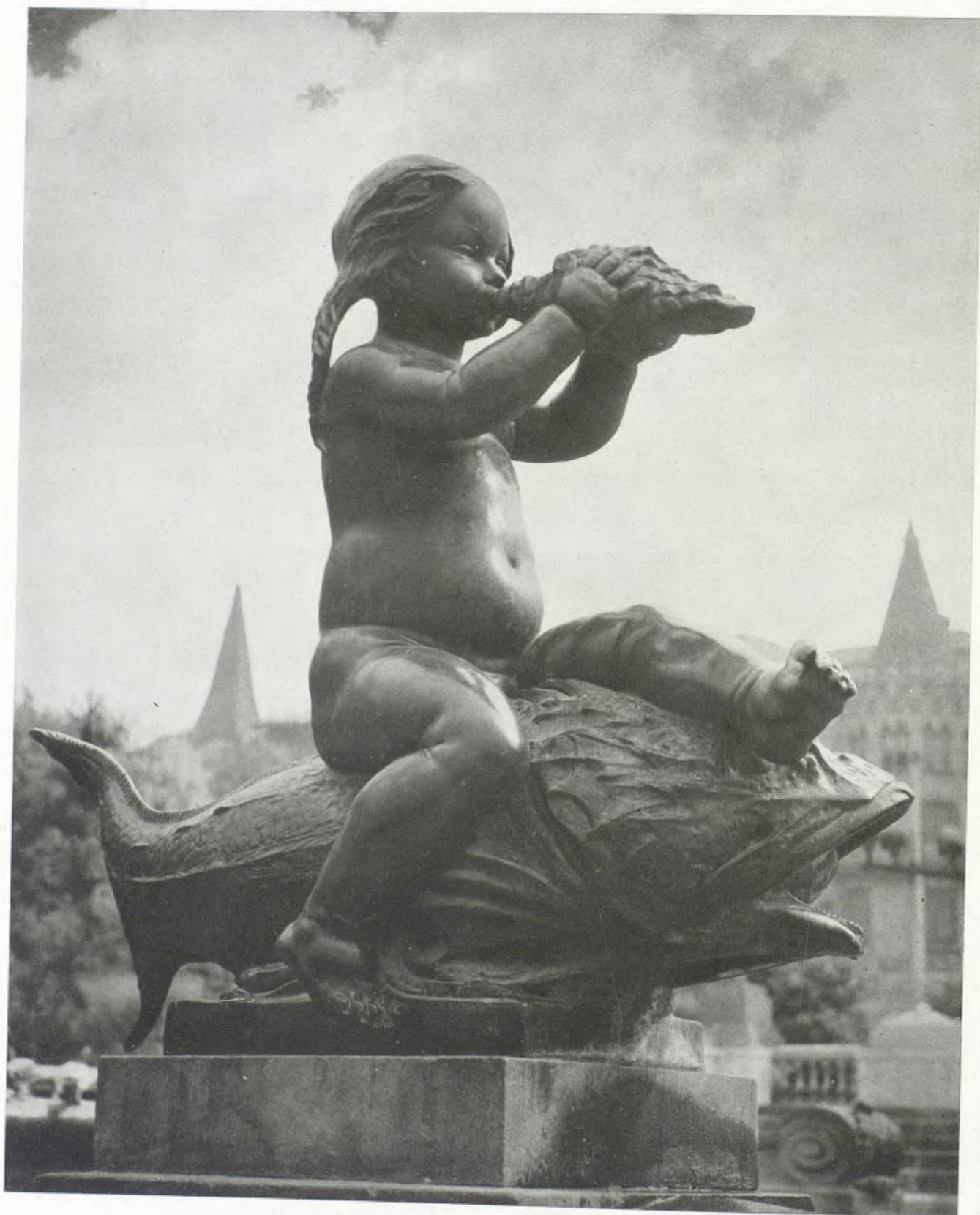
Catálogo Monumental del mismo, constituirá con la sorpresa de un mundo iconográfico ni tan solo presumible, el homenaje rendido por el artista fundador, a la manifestación de la plástica que más intensamente ha sentido.

Complemento, y en muchas circunstancias valiosa contribución para hacer comprensiva una época o un estilo, es la segunda parte del Museo, con las ricas colecciones de artes suntuarias, así como aquellas producciones de toda índole, denominadas artes populares. Pintura, orfebrería, artes aplicadas, ambientan en muchos casos y enriquecen siempre, la magnífica visión de las amplísimas representaciones que del arte de esculpir ofrece este reciente y ya trascendental Museo.

Tal es la obra, de entusiasmo, de tensión amorosa y de voluntad férrea, y no de magia, realizada entre otras mil actividades, por quien, con inteligencia y patriotismo sin par, supo reunir un tesoro y supo darlo generosamente, con elegancia y señorío, sin la menor reserva, a manos llenas.

Vitrina de Relicarios: labor de filigrana en plata y esmaltes. Siglo XVI al XVIII





F. Marés. Escultura en bronce que decora el surtidor de la Rambla de Cataluña. Barcelona



F. Marés. Otra de las esculturas que decoran el surtidor de la Rambla de Cataluña. Barcelona



F. Marés. «Barcelona», grupo monumental en bronce que decora la Plaza de Cataluña

FEDERICO MARÉS

EL ARTISTA

Por Juan Cortés

Pocas carreras encontraríamos tan densas de actividad, tan indeclinablemente formadas desde su más prístino inicio por una entrega en tal modo total y entusiasta como la del escultor Federico Marés. A prueba de resistencias, desánimos y agobios, en una continuada superación para la cual no han sido jamás obstáculo las múltiples curiosidades y las innúmeras atenciones a que el artista se ha dedicado y sigue dedicándose con vivísimo interés, el proceso de su creación, la formación de su clara y bien definida fisonomía como escultor, se ha desarrollado en una plena y rotunda normalidad íntima, cual corresponde al natural crecimiento y maduración de un organismo vivo.

Ni su afán coleccionista, que ha culminado en el soberbio conjunto del museo de que su generosidad ha hecho don a la ciudad de Barcelona y aún, por afán y diligencia del donante, en vía de incremento y adición ininterrumpidos; ni su infatigable gestión de director de las Escuelas Superior de Bellas Artes y de Artes y Oficios Artísticos barcelonesas —que ejerce con dinamismo y eficacia inigualables—; ni sus obligaciones sociales —infinitas en una persona que ha llegado como él a una tan conspicua y exigente representación ciudadana y cultural—, con los viajes, desplazamientos y gestiones a que le obligan, amén de los que dimanan de sus aficiones de coleccionista y sus curiosidades históricas y arqueológicas, entrañando búsquedas, averiguaciones y compulsas en museos, archivos, colecciones y bibliotecas; ni su vida particular y afectiva, pues es hombre Marés de sentimientos familiares arraigadísimos y de extensas y frequentadas amistades, no han obstaculizado la óptima evolución de su personalidad artística. Evolución que ha podido realizarse gracias a un talento reflexivo y sensitivo a la vez, pero personalidad, con todo, a la que acaso el propio artista defrauda robándole una dedicación que se traduciría en una labor más abundante, aunque no de mejor calidad, fraude honroso, si se quiere, pero que los admiradores de su arte no le pueden perdonar sino en atención a su provechosísima labor en tantos otros sentidos. Y esa su personalidad se ha ido depurando y fortaleciendo no tan sólo con

el trabajo estrictamente material sobre el objeto, en cuyo caso no hubiera podido ir nunca más allá del puro perfeccionamiento técnico, pero también, y mucho más —característica irrefragable de una verdadera vocación—, en una elaboración mental y sensitiva para la cual en tanta o mayor medida que en la práctica directa del oficio intervienen la idea creadora y los conceptos que la rigen.

Idea y conceptos, sin embargo, que no tienen nada de metafísicos ni extra-plásticos. El espíritu del auténtico artista espacial no se entrega, cuando de su arte se trata, a cogitaciones cuyo vehículo de traducción más propio no consiste precisamente en la figuración física, corpórea o visual. La inteligencia del escultor como tal, lo mismo que su sensibilidad, es pura y estrictamente plástica; juega con formas y volúmenes, con masas y ritmos, ideales, sí, pero de esencia y sustancia exclusivamente somáticas. Bajo este aspecto, vienen en él con tanta realidad como si efectivamente estuviesen poseídas ya de la corporeidad a que luego se han de ver trasladadas.

Gracias a ello nos sería explicada la profunda plenitud a que ha llegado la obra de nuestro escultor, aun contando con que, en realidad, hubiese dejado de lado por más o menos tiempo su tarea profesional, lo que no ha sido así. Pues Marés, a pesar de sus compromisos, ocupaciones, devociones y atenciones al margen de la misma, a tenor del clásico *Nulla dies sine linea*, no se ha permitido pasar una jornada sin enfrentarse por unas largas horas o unos cortos minutos con su labor de escultor, la inesquivable llamada de su vida.

Y si bien de buen principio se anunciaaba ya su personalidad con unas magníficas posibilidades en su intelección de la forma y en sus aptitudes técnicas, ellas se han desplegado de más en más durante el curso de los años, sin bache ni retroceso y lo que fue primero una promesa esperanzadora ha sido después una absoluta realidad sin haber tenido jamás necesidad de rectificación ni cambio, antes bien, apoyándose reiteradamente en corroboración y afianzamiento.

A los dieciocho años obtenía Marés por unanimidad del jurado, en reñida oposición, una beca



F. Marés. El Entierro de Cristo. Relieve en bronce. Mausoleo A. D., Francia

de estudios en París por parte de esta misma Escuela de Artes y Oficios Artísticos de que es hoy dignísimo director. Ello era en 1913. De París pasó a Bruselas y, en 1914, vuelto a Barcelona, otra vez por oposición y nuevamente por voto unánime del tribunal, le era concedida por la Academia de Bellas Artes una nueva beca para ampliar estudios en Italia, Marés era entonces, todavía, un mozo sujeto al servicio militar. Siendo soldado, obtuvo una tercera medalla en la Exposición Nacional de Bellas Artes y hallándose aún en filas, alcanzaba el primer premio en un concurso oficial para un monumento bélico. En 1917, el gobierno de S. M. le otorgó una pensión para estudiar en sus propios ambientes a los grandes maestros de la escultura española. Así, estudió en Roma, Florencia y Padua y en los hogares mismo donde floreció la admirable escultura hispánica, como más tarde pasó, igualmente en plan de es-

tudios, a Inglaterra, Alemania, Austria, Hungría, Checoslovaquia y Francia, volviendo a Italia una y otra vez, movido por la noble y ardiente curiosidad de enseñanzas y perfección.

Pero si Marés vio, contempló, admiró y estudió tantos grandes ejemplos como se le pusieron delante en su activo peregrinar de amante de la perenne belleza de la creación artística, supo asimilar todas las enseñanzas que los mismos le ofrecieron sin hacerse esclavo de ninguna. En cada una de aquellas ilustres creaciones vio y entendió el mensaje del genio, del peculiar talento y del específico modo de sus autores y escuelas; en todos supo buscar y encontrar motivos de veneración y aleccionamiento, pero no de imitación. Su personalidad le privó de entregarse a mimetismo alguno. Muy buenos artistas modernos hay, como los ha habido en todo tiempo —y en escultura era acaso más que en otro arte, en ra-



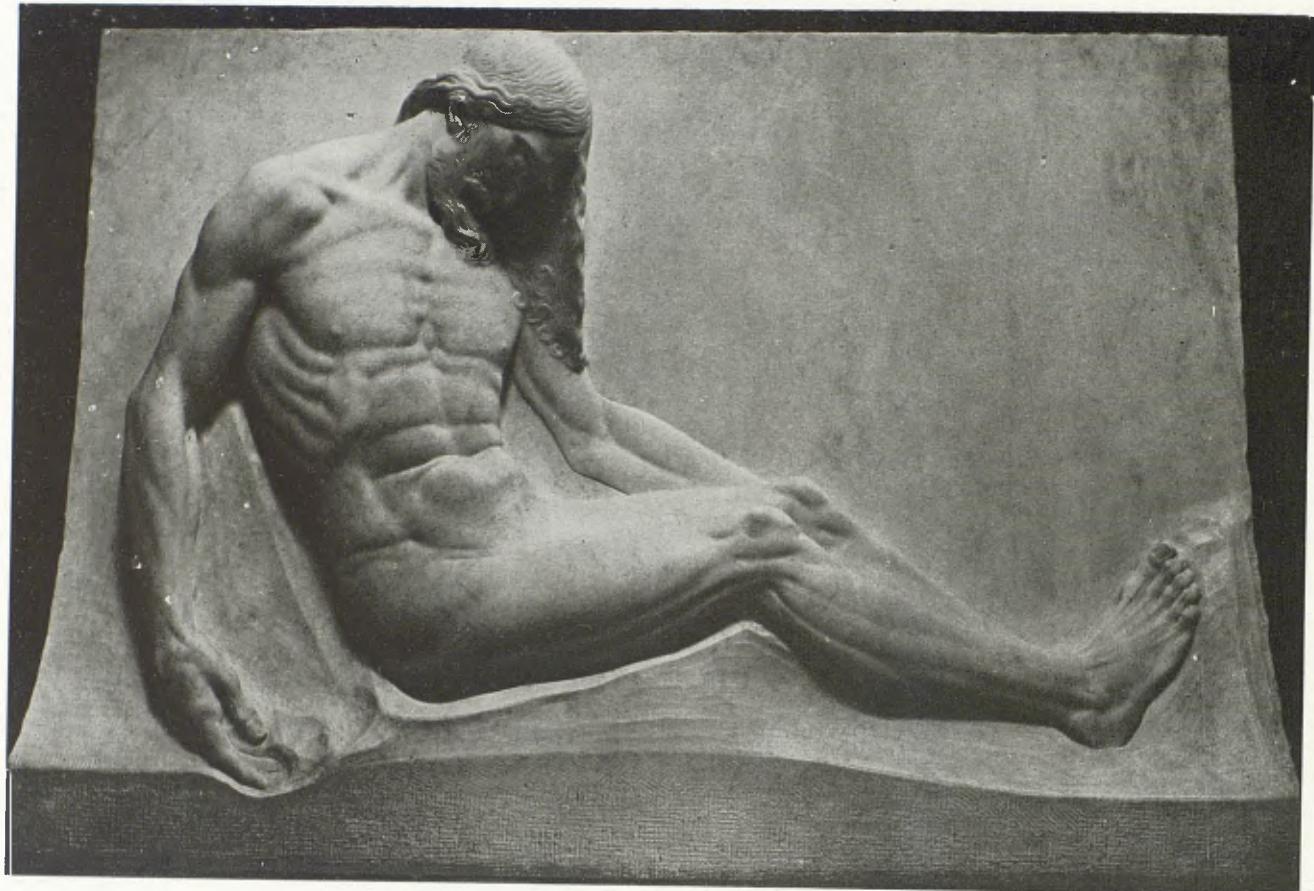
F. Marés. Grupo de la «Piedad», en mármol, panteón particular. República Argentina

zón a la limitación de su campo expresivo, que es la sola forma, con todo y sus múltiples atributos—en cuya obra se revela inmediatamente o al cabo de una corta contemplación, una adscripción estilística determinada o la acción de diversos influjos combinándose para la formación de una individualidad más o menos claramente diferenciada de las demás. De Federico Marés ello no puede decirse en manera alguna.

Y no obstante, todo su arte se enlaza e integra en la amplia corriente de la gran estatuaria de la historia. Si la vibración de algún eco notamos en él es la del cálido sentimiento de los volúmenes que a través de su codensa simplicidad descubrimos en la escultura clásica prefidiana. Como ella, la de Marés busca su principal objetivo en la eliminación de acentos descriptivos en sus anatomicías, en los compases anchurosos que ordenan el repartimiento del bloque general y en la estati-

ca gravedad de las masas, donde el movimiento parece sorprendido en la culminación de su dinamismo, pero al mismo tiempo, en su punto de mayor equilibrio estético, en el momento más bello y expresivo en que se manifiesta su palpitación vital.

Pocos escultores actuales han sabido, como Marés, conjugar de manera tan persuasiva y eficaz los ritmos originados en las morfologías vivientes y los movimientos de éstas con los estáticos y aplomados que precisa la escultura para no caer en el trivial naturalismo. Pocos como él, también, poseen un tan claro entendimiento, afinando con tan exacto pulso y con aguda intuición los distintos tratos que exige cada materia en la versión factural sobre la misma de la obra a realizar. Nunca asoma en sus realizaciones ni sombra de esas impertinentes labras que tan a menudo tenemos que contemplar, más o menos originadas en un



F. Marés. Estela funeraria, en mármol. Cementerio San Gervasio, de Barcelona, Panteón B. M.

pedestre descriptivismo o en mayor o menor grado causadas por la rebusca desatinada de una estética original, inadecuadas de todo punto a la materia que las soporta y por las cuales las más nobles cualidades de la misma se envilecen con apariencias inconsistentes, frágiles, blanduchas, jabonosas, o asumen una falsa aspereza y sobriedad cuando su material exigiría delicadezas y permitiría una labor demorada en enriquecimientos que lo pusiesen en su máximo valor, unas y otras desvirtuadoras de las condiciones físicas del sustentáculo donde se aplican y destructoras inevitablemente de la condición plástica esencial de la obra.

Característica de la escultura de Marés es, como hemos dicho, su ritmo amplio y lleno, su austera simplificación morfológica sin pérdida de ningún significado particular. No se nos da esta fisonomía del arte de nuestro escultor tanto por su escasa adhesión al detalle pormenorizado de aristas y modulaciones, traspasos y calidades táctiles —sin

que ello quiera decir que el artista no los ponga en juego cuando le son necesarios ni que los suprima obstinadamente por una obcecación estilística—, cuanto por lo que constituye lo que nos atreveríamos a llamar el conjunto musical de la masa en una trabazón continua de todas sus partes, compactamente enlazadas dentro del ritmo que las empuja, donde no quedan huecos inertes y donde incluso los espacios desempeñan su papel de coordinación y equilibrio. Su interpretación de la forma humana, lo mismo masculina que femenina, es robusta, tersa y austera, con un total respeto a la realidad anatómica que no entraña jamás servilismo alguno hacia la apocada descripción; su entendimiento de los ropajes, que traduce en sus pliegues y peso, sin gratuitismos en su disposición, revelando a su través el cuerpo que cubren, como bajo la carne de sus seres se traduce la firmeza constructiva de su esqueleto, se reviste de empaque y reciedumbre, sin fuga ni nerviosis-

mo, antes al contrario, regida en todo momento por el sosiego y el aplomo. Bajos y altos relieves, esculturas exentas, ya en grupo, ya solas, bustos, torsos y retratos realizados por Marés, se ven gobernados siempre por esa encalmada arquitecturización en que se funde y compenetra indisolublemente el sentimiento de la realidad con su versión en módulos por los cuales el escultor lo ha transformado en la más depurada creación del espíritu.

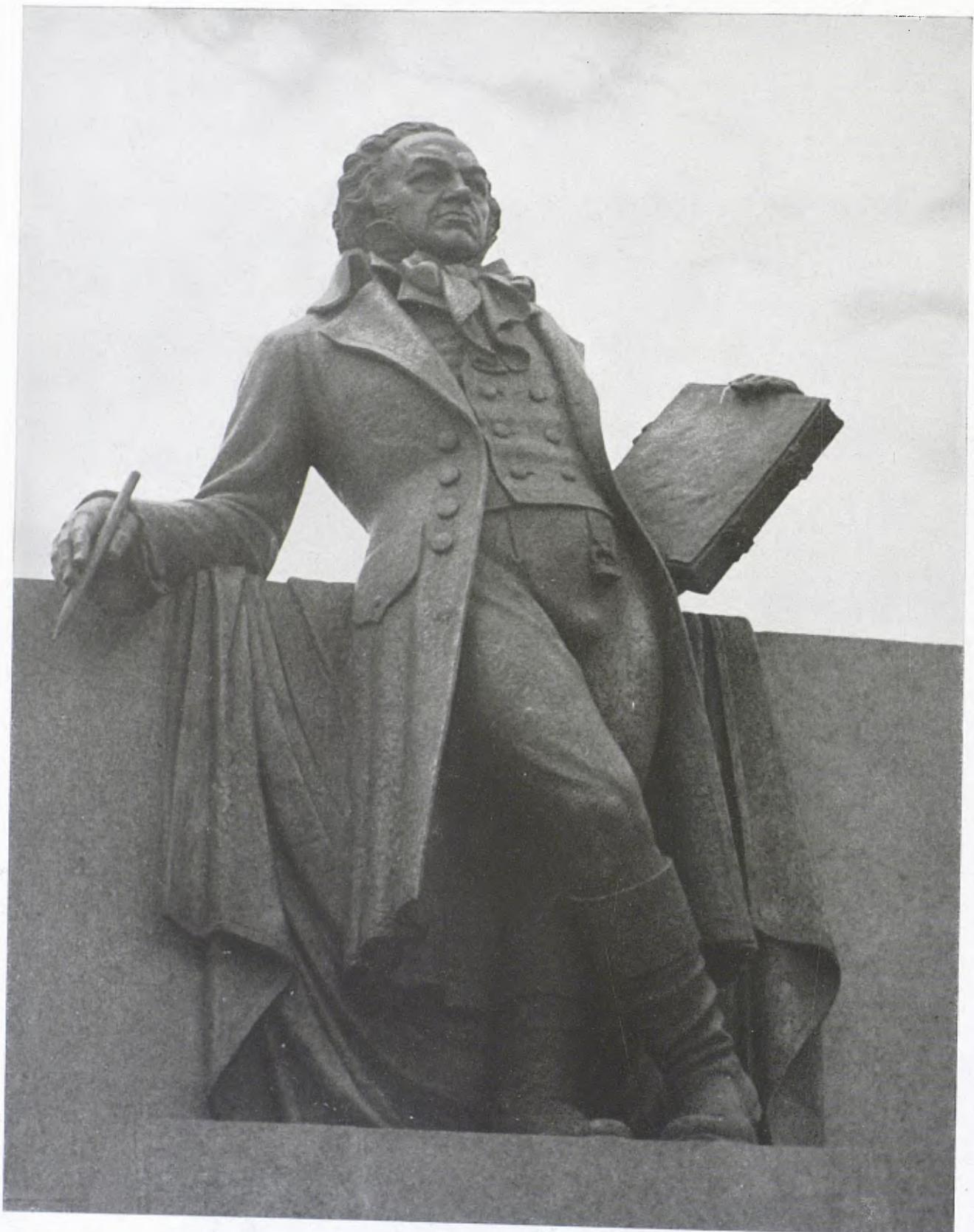
Hemos citado relieves altos y bajos y esculturas en grupo o solas. Y sin menospreciar el resto de la obra de nuestro insigne artista —ejemplar en toda ocasión—, tenemos que anotar cómo particularmente en este sector de su creación aplicado a la arquitectura es donde Marés se desenvuelve con mayor idoneidad y donde su arte expresa mejor sus vastas posibilidades. Es el arte de Marés de los que no temen al aire libre, antes al contrario, gusta de jugar con la luz y con el espacio, donde la gallardía de sus volúmenes asume toda su expresividad, subrayando con la palpitación de sus figuraciones la estética gravedad de las estructuras donde se insertan, para las cuales la esculturas de Marés parecen nacidas espontáneamente, solicitadas, como por necesidad orgánica del aplomado conjunto de la construcción, asentado en sus líneas y planos según esquema inflexible y macizo, mas necesitado, para su conclusión en armonía y significación, del flamear vital de la forma humana que la inspirada escultura de nuestro artista le otorga.

Escultura específica, la de Marés, para monumentos conmemorativos, de carácter alegórico, histórico o hasta, simplemente, decorativo. Copiosas pruebas de ello hay esparcidas por nuestros ámbitos ciudadanos, regional y nacional, como, tam-

bién, en distintas localidades extranjeras, en edificios, plazas y jardines, necrópolis y templos, las cuales apoyan nuestro aserto con irrefragable eloquencia. Las nobles actitudes de sus figuras, el decoro de sus formas, la distinción de su mutuo enlace, la eurítmica gravedad de sus conjuntos, la serenidad de su expresión, no impasible sino cálida y viviente, la disputan como propia e insustituible para esas finalidades. Lo que en su inspiración pudiera haber de ardencia expresiva, de arrebato pasional o inquietud rebuscadora de efectos inéditos —pues no es Marés artista cuyo espíritu se complazca en la inercia del quehacer rutinario— se contiene y traba, manifestándose, en todo caso, después de una meditada y seria decantación, a fin de acordarse con la máxima correspondencia a la finalidad requerida. De aquí esa su sobriedad formal, tan sólidamente establecida para ligar sus masas y volúmenes con las líneas y estructuras que en su aplomada solidez, mandan y gobiernan el estático complejo constructivo. Por el tacto y la sensibilidad de su autor, por la flexibilidad de su imaginación creadora, con cada arquitectura a la cual se incorpora como magnífico elemento irremplazable ya, sin enturbiar en ningún instante su pleno concepto escultórico ni perder su claro acento personal, que aflora constantemente en cada masa, en cada plano, en cada turgencia y en cada línea, pues las distintas interpretaciones técnicas narrativas exigidas por el objeto, su finalidad y su ejecución según el material y según la función a que ha sido destinada la labor del artista en el cuerpo general de la creación arquitectónica, no minimizan jamás la sustancia intrínseca del pensamiento fundamental de la obra del escultor.



El Instituto de Estudios Ampurdaneses presidido por Federico Marés



F. Marés. La figura de bronce de Goya que corona el monumento, recientemente inaugurado en la plaza del Pilar de Zaragoza. Ofrenda del Banco Zaragozano



F. Marés. Una de las majas goyescas, en bronce, que decoran el césped que complementa el monumento



F. Marés «La Tierra». Uno de los grupos, en piedra, que decoran la fachada del edificio de «El Fénix», de Barcelona



Marés con los becarios de la Escuela Superior de Bellas Artes de San Jorge, en viaje de estudios

FEDERICO MARÉS EL PEDAGOGO

Por Cesar Martinell

Correspondiente de la Real Academia
de Bellas Artes de Fernando

En toda obra de arte cabe separar la idea de la ejecución material. La primera es fruto de la inspiración y da su máxima categoría a la creación artística; la segunda es debida a aptitudes innatas, susceptibles, en parte, de perfeccionamiento.

La idea es lo que domina y hace irradiar luz de la obra de arte y ello no sería posible sin una eje-

cución adecuada, sin un lenguaje técnico que la expresara dignamente.

El artista de grandes ideas debe tener grandes aptitudes para expresarlas; y en su generosidad de artista, al igual que gusta de ofrecer con sus obras el fruto de su inspiración, gusta también de rodearse de discípulos a quienes enseñar los re-



Palermo (Sicilia). Federico Marés y D. J. M.^a Creixell en el Congreso de Arte, celebrado en 1953

cursos de su técnica para contribuir con su influjo a nuevas obras de arte. El mismo Miguel Angel a quien sus biógrafos presentan como de carácter retraído y enfurruñado, tuvo sus discípulos y siempre fueron artistas destacados los que impulsaron la creación de escuelas que se convirtieron después en academias.

Estas escuelas y academias han sido cauce y venero donde artistas que nacen con aptitudes al mundo del arte reciben el caudal de experiencia de otros artistas. En una escuela de arte, el que no sea artista no avanzará. El artista, como el poeta, nace; no se hace, pero se perfecciona; se le allanan obstáculos con experiencias acumuladas y se le enseña cómo dar salida de manera eficiente al caudal de inspiración que lleva dentro.

En una escuela es imprescindible enseñar a perfección la parte de oficio que todo arte requiere y ello peligra de caer en amaneramiento si una gran sensibilidad y atención no lo compensa. De

ahí que, a veces, los alumnos prefieran aprender en talleres de artistas destacados, donde, al lado del maestro, asisten a la evolución integral y viva de la obra de arte desde su germen en el boceto nervioso hasta el resultado final, fruto de detenido estudio.

Dentro de la visión de conjunto de la pedagogía artística, cabe destacar la figura del maestro Marés. Marés en el proceso de su formación artística ha podido conocer todas las excelencias y todas las fallas de la pedagogía. Discípulo en las clases de la Lonja de sus mocedades, conoció profesores modélicos y profesores rutinarios a los cuales enjuició certeramente, admirando a los primeros y soportando a los segundos, compensando luego las fallas por caminos de autodidaccia.

Trocado bien pronto, en plena juventud, en las mismas clases de la Lonja, su papel de alumno por el de profesor, pudo pulsar la extensa gama de modalidades de alumnos, en los cuales ejercitar su generosa disposición de pedagogo, que ha ejercitado también en su taller particular, donde acuden constantemente jóvenes artistas en solicitud de ayudantías.

Nuestro amigo y director Federico Marés, por sentimiento artístico y bondad natural ha vivido intensamente el complejo problema, amenazado de peligrosas desviaciones, de la formación de los jóvenes artistas. Por ello al encargarse de la Dirección de nuestra Escuela de Artes y Oficios Artísticos y más tarde de la Superior de Bellas Artes, fue su primera preocupación la de dar a dichas escuelas una máxima eficiencia pedagógica, dentro de la convivencia amistosa entre profesores y alumnos, en un ambiente de estimulante optimismo.

Me tengo por testimonio de mayor excepción en las preocupaciones y afanes de Marés en dotar nuestra escuela de las máximas ventajas pedagógicas cuando recibió del Ministerio el honroso encargo de reformarla. Desde la secretaría de la escuela pude asistir a la floración de sus ideales pedagógicos, pronto convertidos en realidades.

Marés tiene la ventaja de ser de estos hombres idealistas que pisan terreno firme y con ello y su gran constancia ven realizados sus sueños. Cuando se encargó de la dirección de la Escuela, concibió un plan de reforma ambicioso. Las enseñanzas artísticas tradicionales, sin prioridad entre la escuela central de la casa Lonja y las secciones sucuriales, pensó graduarlas en un orden de prelación. En las secciones sucuriales se darían las



1949. En la azotea del Museo Marés, los profesores de las Escuelas Superiores de Bellas Artes y Oficios Artísticos, en ocasión del homenaje a su Director

enseñanzas preparatorias para ingresar en la central, donde las enseñanzas se convertirían en aplicaciones prácticas por especialidades.

Marés sabe que el mundo no pregunta a los jóvenes *qué saben* sino *qué saben hacer*. Un dibujo perfecto, sin aplicación práctica, sirve de bien poco, por perfecto que sea. De ahí que las enseñanzas artísticas conviene encauzarlas hacia un fin determinado de aplicación suntuaria. Por este camino vinieron las especialidades de *Artes del Mueble*, *Decoración Textil*, *Arte Publicitario*, *Delinantes*, *Talla Ornamental*, *Policromía*, *Artes del Libro* y otras, eminentemente prácticas, que se dan en la Escuela de la Lonja. De ellas salen alumnos capacitados para enfrentarse con las necesidades y las luchas del mundo.

Alguna de estas enseñanzas existían ya de antiguo, pero el espíritu lo creó Marés, de acuerdo

con los profesores de quienes él estimó debía aconsejarse. Y al conjuro del nuevo ideario aquellas aulas algo tristonas y polvorrientas se convirtieron en recintos agradables, comunicando ampliamente las enseñanzas afines para prestarse mutua colaboración. Los alumnos pudieron disponer de modelos vivos, flores naturales, constantemente renovadas, jaulas con aves vivas; acuariums con peces tornasalados que, además de su finalidad pedagógica, son un encanto para los ojos.

Paralelamente a esta modernización del material de enseñanza o quizás con preferencia, dio gran importancia a la idoneidad del profesorado, poniendo al frente de cada enseñanza personas especializadas de máxima solvencia.

Fruto de tales atenciones es la moral y entusiasmo con que los alumnos asisten a las clases y el fruto que sacan de las mismas, de las cuales son

solicitados con frecuencia para prestar servicios profesionales en determinadas empresas.

Lo que queda expuesto y mucho más que podríamos añadir, constituye el detalle de la realización pedagógica. Pero nuestro Director ve las cosas en grande. Él sabe que el perfeccionamiento de las enseñanzas artísticas es una parte muy meritoria de la pedagogía, pero incompleta si no llega hasta donde debe llegar; y más de una vez le hemos visto preocupado sobre el plano de Barcelona y aun sobre el mapa de Cataluña, estudiando la manera de que ningún sector urbano quede huérfano de una tutela escolar. De ahí la creación de nuevas secciones en barriadas carentes de enseñanzas artísticas y afinando más la cosa, estudiar la manera de crear escuelas de determinadas especialidades donde más las reclaman las industrias dominantes en aquel sector urbano.

Aplicación práctica de este criterio, que va a ser pronto realidad, es la conversión de las clases existentes en la Escuela en *Conservatorio de las Artes del Libro* de inminente funcionamiento en los bajos del antiguo Hospital de la Santa Cruz, junto a la Biblioteca Central y la Escuela de bibliotecarias.

Cuando este nuevo centro, dependiente de la Escuela, funcione, es aspiración del señor Marés que otros similares le sigan en diversos puntos de la ciudad. Las *Artes del Hierro*, las *Artes del Fuego*, las *Artes de la Madera, Jardinería*, etc., son actividades de la artesanía artística, que merecen ser atendidas, que entra en el plan pedagógico de nuestro Director establecer en aquellos sectores ciudadanos donde puedan dar más rendimiento.

Federico Marés es hombre de nobles ambiciones pedagógicas. Lo mucho y bueno que ha realizado es sólo una parte de sus propósitos, claramente expuestos en el interesante «*Glosario pedagógico*» que publica en el magnífico Boletín de nuestra Escuela, «*Ensayo*», que constituye otra de las acertadas realizaciones de Marés. En este glosario, que número tras número aparece con renovado interés, se puede apreciar la completa visión y profunda raigambre de meditación que del problema tiene. Problemas resueltos, que comenta con satisfacción; otros irresueltos que lamenta con pesadumbre, pero que expone claramente para conocimiento de los poderes públicos y facilitar su solución.

El amplio criterio pedagógico de Marés lo hallamos en este *Glosario*. Allí escribe, refiriéndose a aspectos generales:

«Encauzar, revalorizar la enseñanza, revisar las posibilidades actuales, discriminar lo viejo y lo nuevo, dar nuevo contenido y nueva savia, debe constituir nuestra norma.»

«Las enseñanzas artísticas, en general, han tendido a la rutina manual, a un trabajo inconsciente, sin la impronta de la inteligencia y del espíritu, convirtiéndose en una actividad mediocre, sin estíctulo por la iniciativa del alumno.»

«El espíritu de nuestras Escuelas debe cifrarse, precisamente, en conocer al alumno y, después, en saberlo dirigir; llevar la posibilidad del educando a plena realidad humana.»

«La educación es, ante todo, obra de amor, de espíritu y de constancia, labor del tiempo y no de recetarismos e improvisaciones; de poco valdrían los mejores métodos sin el entusiasmo empleado en una labor.»

En cuanto a actuación del profesorado, tiene acertados conceptos.

«El principal resorte de toda Escuela es el profesor; la mejor Escuela es aquella que posee la eficacia del mejor maestro.»

«De poco serviría el plan de enseñanza más excelente si careciéramos del elemento idóneo, responsable, dotado de sensibilidad despierta, de espíritu abierto y voluntad firme.»

«Nuestra hora reclama hechos concretos, conceptos claros, que se acomoden a la viva realidad: un espíritu despierto y una vocación decidida.»

«El problema fundamental que plantea nuestra enseñanza es, esencialmente, un problema de selección, de competencia y vocación.»

Sale también al paso de tendenciosos comentarios contra la enseñanza escolar, cuando dice:

«El error o falso diagnóstico, consistirá en creer que la Escuela decae por falta de respeto a la libertad, por exceso de metodización y disciplina, cuando lo que ocurre es precisamente todo lo contrario: que a la negligencia o quiebra de los principios substanciales de la enseñanza débese la decadencia de aquéllas.»

A fuer de sincero, no le arredra señalar inconvenientes que dimanan de lo alto y precisa corregir.

«En plena desorientación, en un constante hacer y deshacer, los decretos se sucedían sin tiempo suficiente para constatar sobre el yunque de la experiencia, la medida de su eficacia.»

«Si a esta desorientación, que crearon el confusiónismo, sumamos la influencia de la política caciquil, a que nos hemos referido, habremos apuntado las causas que precipitaron la desorientación

primero y la decadencia más tarde, de las Escuelas de Artes y Oficios Artísticos.»

«El problema que tiene planteado nuestra Escuela no afecta, afortunadamente en estos momentos, al plan de enseñanza; se trata de un simple problema de espacio, de capacidad...»

«Parece incomprensible el hecho de que en el transcurso de tantos años en que la ciudad pasó por hondas transformaciones, mientras sus necesidades aumentaron día a día, al crearse tantas y tan nuevas industrias, que exigían una atención especial en el terreno formativo, a nuestra Escuela se la mantuviera estabilizada, imposible a toda expansión, sin nuevas ampliaciones, tal como si las circunstancias fueran las mismas que hace treinta años.»

«El perímetro de la Barcelona actual y su actividad industrial y artística requiere, para estar discretamente atendida, un mínimo de catorce sucursales. Actualmente se dispone de seis.»

«Se impone transformar el sistema que rige la selección del Profesorado con una solución más justa que sitúe y valore en primer plano, la capacidad pedagógica del opositor, hasta hoy poco menos que relegada a último término.»

«Unas oposiciones fundadas en unos ejercicios de improvisación a plazo fijo, en las que el factor suerte puede desempeñar un papel importantísimo y en las que se carece de los elementos de juicio suficientes para valorar la auténtica capacidad vocacional del futuro profesor, no pueden merecer nuestra conformidad como base de selección del Profesorado y mucho menos tratándose de unos nombramientos con carácter vitalicio.»

«Mientras no se reconozca la importancia decisiva que reviste el sistema de selección del Profesorado, la gravedad que entraña, y no se logre en-

cauzarlo como es debido, el problema de la enseñanza quedará sin resolver.»

«Aspiramos ante todo, a dar paso libre en la enseñanza a cuantos se sienten inclinados por vocación hacia ella; a cuantos puedan aportar, como fruto de una experiencia vocacional, la ilusión de su fe y el tesoro de su entusiasmo, que tanto necesita la juventud de hoy.»

En los anteriores conceptos que acabamos de transcribir sin un gran esfuerzo de selección se captan claramente la amplitud, la profundidad y la emoción de la pedagogía del Director Marés. Y hemos dicho emoción en tercer lugar cuando quizá hubiera tenido que estar en el primero, porque durante los once cursos que llevamos en la secretaría de la Escuela junto a la dirección, hemos tenido ocasión de ver, día tras día, desde los comienzos de la reforma, que en Marés actúa primero el corazón que el cerebro. Como buen artista que es, sensible a la belleza y a los afanes de los alumnos, la chispa de la intuición ilumina primero y luego prende fuego en el crisol de la inteligencia. Por esto su actuación de Director y sus conceptos de pedagogo están saturados de esta emoción que los vuelve fecundos.

El amigo, el maestro Marés, antes de ser nombrado Director de nuestras escuelas de Arte, llevaba en embrión, quizás sin darse perfecta cuenta de ello, toda la emoción de su caudal pedagógico. Ha sido una fortuna para nuestras enseñanzas artísticas que su responsabilidad de Director le haya llevado a poner en acción su ideario. Mucho lleva hecho; mucho le queda por hacer. Su prestigio y su tenacidad le allanarán el camino. Y su fe. Esta fe que obra milagros en todos los terrenos. El mismo lo ha dicho en su glosario:

«Ante los pesimistas que consideran que no hay nada que hacer, y ante los que lo dan todo por resuelto, opondremos nuestra fe.»



1945. Madrid, Museo de Arte Moderno. Acto solemne de la clausura de la exposición de las estatuas sepulcrales de los Reyes de Cataluña y Aragón, de Poblet, en el que fue impuesta al artista, por el Ministro de Educación Nacional, Excmo. Sr. D. José Ibáñez Martín, la Gran Cruz de Alfonso X el Sabio

**PALABRAS PRONUNCIADAS POR EL MINISTRO DE EDUCACION NACIONAL
EN LA CLAUSURA OFICIAL DE LA EXPOSICION, DONDE, EN NOMBRE DEL
GOBIERNO, RINDIO AL ARTISTA RECREADOR EL NACIONAL HOMENAJE.**

«Marés —dijo el Excmo. Sr. Ibáñez Martín— ha sabido interpretar magistralmente aquel espíritu de noble ambición nacional, y, al servicio de esa emoción española, ha puesto su ardiente vocación y su maravillosa aptitud. Así ha podido lograrse el milagro que nos ha sorprendido y admirado a todos...» «Como profesor de Historia y como ministro, rindo homenaje de gratitud fervorosa a esta obra valiosísima que nos marca una ruta clara a los que ocupamos puestos de responsabilidad. Acepto esta lección y trataré de hacerla viva y fecunda a través de la restauración de otros monasterios y templos españoles, para que sean testimonio de la grandeza de nuestra Historia y contribuyan a que la Patria ostente el puesto a que le da derecho su capacidad creadora.»

EL ÁNGEL DE MARÉS

† Por Eugenio d'Ors



En la ermita, presentada por el Ministerio de Justicia para gloria de sus planes, he querido al gran Angel en talla de nogal no policromada que, para mí, y como ofrenda hecha por mis amigos ha labrado el escultor Federico Marés. Este Angel es una maravilla y, aún descontadas mis particulares razones de parcialidad, mi estimación lo coloca objetivamente al lado de aquella adorable «corredora», que está en el Museo del Vaticano y que sirvió de enseña a la primera aparición de otra obra mía, la titulada *Cuando ya esté tranquilo*. Es justo que mi producción se deslice entre estatuas, si ya mi pensamiento transcurre entre figuras.

El encanto supremo de la «corredora antigua» está en su manera indescriptible de superar el principio de contradicción, encerrando a la vez, en una actitud única, el impulso del movimiento con la nobleza del reposo. Otra superación análoga valora al Angel de Federico Marés. La disposición a la caricia reside allí emulsionada en la altiva dignidad del consejo. No ya sus ojos, sino sus mismas manos se llenan indiscerniblemente de amor y de sabiduría. A la vez que nos guarda, en su unión de Custodio, nos anima con sus estímulos de Amigo. Nos hace a un tiempo sonreír como la presen-

cia de una muchacha y obedecer, como la soberanía de un precepto. Las palabras son bien pobres —o tal vez ellas no, pero sí, quien las dicta— para conceptualizar el milagro de tanta gracia. Sólo diré que, al ver por vez primera una reproducción fotográfica de esta obra, la herida que me trajo cierta decepción, al advertir que se trataba de una imagen femenina, dentro del androginismo casi canónico en la iconografía angélica, cuando lo que yo había deseado era un trasunto viril, adulto y armífero, quedó inmediatamente embalsamada y cicatrizada por misterioso influjo de una persuasión instantánea de que *aquello debía ser así*. La estatua de Marés, lo mismo que representación de mi Angel, podía encerrar la de aquella Voz de que Sócrates habló a sus jueces. Por esto, de aquella estatua yo hube de sentirme inmediatamente amigo. «Aquí vive la amistad perfecta», fue la inscripción que un día imaginé para el frontis de un templo dedicado al Angel Custodio. También la estatua de Marés simboliza la Amistad perfecta.

La Amistad y el Diálogo. Con esta imagen a la vista, lector, dejemos por hoy nuestro coloquio.

(Del libro «*Mis Salones*».)



Santa María de Poblet. Detalle de la estatua yacente del rey Don Pedro el Ceremonioso

Federico Marés es uno de los escultores de más prestigio en la vida artística española.

Ampurdanés, por lo tanto catalán de pura cepa. De su taller proceden numerosas esculturas en bronce, en piedra y en mármol, que decoran plazas y edificios públicos y enriquecen colecciones y museos.

Este refinado artista, de elevada cultura, ha sabido dar un ejemplo del más amplio sentido social. Toda una existencia de austeridad y de labor persistentes y de dedicación al Arte, mantenidas con verdadero sacerdocio, le han permitido reunir un núcleo de escultura antigua excepcional, que en ninguna parte de Europa sería posible encontrar y, lo que es aún más admirable, hoy día, es que todas sus ricas colecciones, en un gesto prócer supo ofrendarlas a Barcelona para que integraran el patrimonio artístico de la Ciudad.

Por ello no sólo merece el reconocimiento de sus compatriotas, sino también el de todos los que nos preocupamos de la herencia espiritual de Occidente.

DR. J. STEPPE

Prof. de Arte de la Universidad de Lovaina (Bélgica)



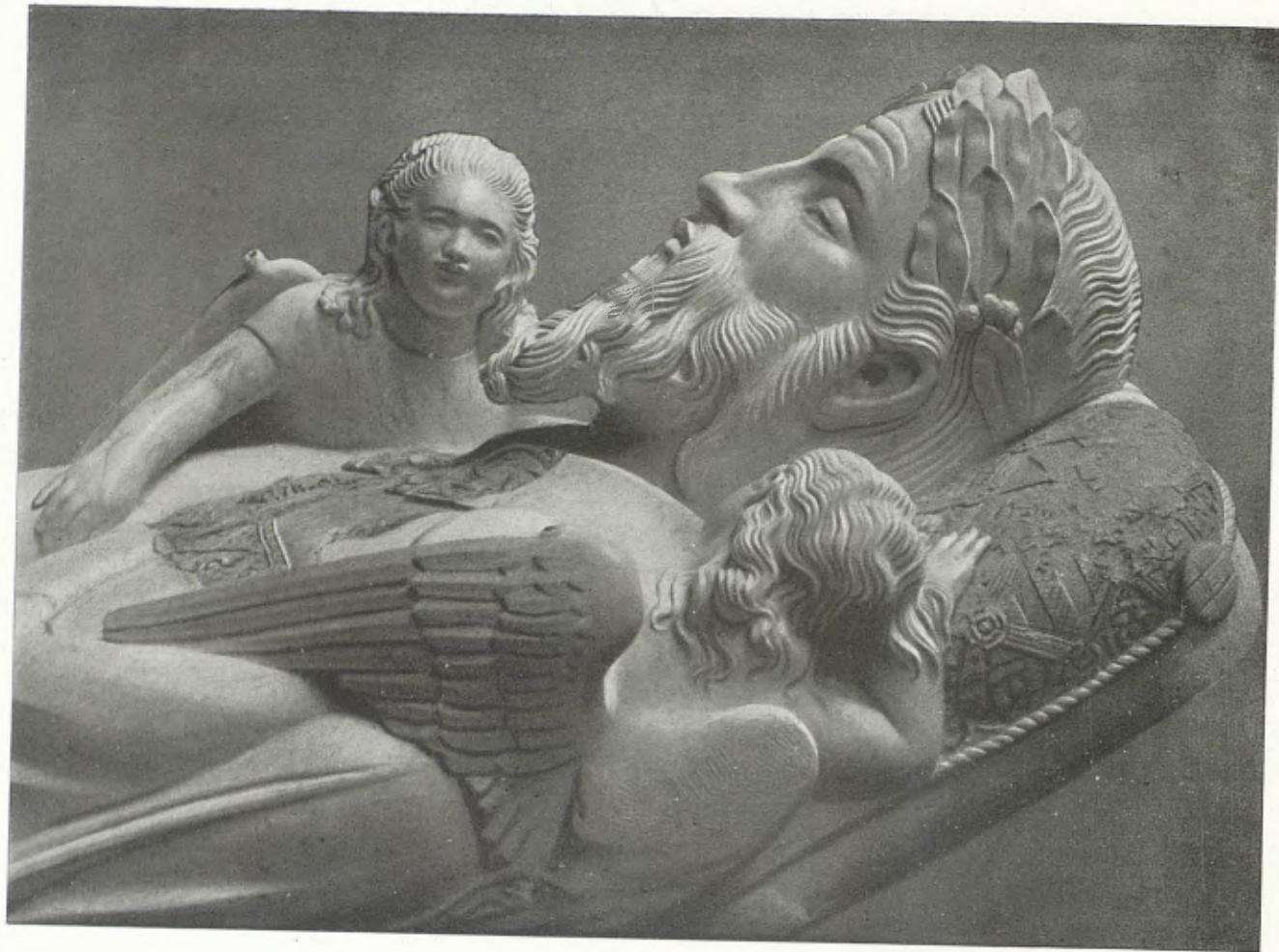
Santa María de Poblet. Detalle de la estatua de la reina Doña María de Navarra

ACRÒSTICA VOTIVA

*Frederic Marés, artífex,
Recacer del tresor vell.
Escultor d'un món més bell
Déu lo vol, i amb el cisell
En marbre enze, fang masell,
Rude bronze, a flor de pell
Insufla un vol clar d'ocell.
Cor endins, alat pontífex.*

*Marbre li cal de Carrara?
Auris blocs li dóna Beuda.
Regina Sibilia, avara,
Espera —amorosa lleuda—
Sedes d'alabastre, encara...*

C. FAGES DE CLIMENT



Detalle de la estatua yacente del rey Don Alfonso el Casto

DÈCIMA D'HOMENATGE
AL MESTRE FREDERIC MARÉS

*Amb perdó d'escorialles
que profanaren la història
a Poblet torneu la glòria
dels aleus damunt mortalles.
Honor a les romanalles
d'un passat, per sempre més
esculpit al nou avés
reial, amb la vostra empresa,
suscitador de grandesa,
senyor Frederic Marés.*

† J. M. LÓPEZ-PICÓ



Detalle de la estatua sepulcral de la reina Doña Leonor de Portugal

A FREDERIC MARÉS

*Delit tibant com una corda tensa
que enfila l'objectiu sense desfici.
Cor que sap estimar, cervell que pensa.
Immarcescible voluptat d'inici.
Noble taleia de lluitar i de vèncer.
Grandesa que enobleix el sacrifici.
Gest que fecunda la llavor que llença.
Altiu revers del tarannà fenici.
Cisell reial de l'Obra pobletana,
romeu de l'Art, esplendorós mecenas,
plasmador de monarques i museus.
En Frederic Marés tot s'agermana,
tot batega en la xarxa de ses venes
que saben la claror del Cap de Creus.*

PERE BENAVENT DE BARBERÀ

A FREDERIC MARÉS

GRAN I NOBLE ESCULTOR DE LES ESTÀTUES JACENTS DE POBLET, COM A RECORD
D'HAVER VISITAT EL SEU TALLER, LA TARDÀ DEL 8 MARÇ 1948

*De l'alabastre la blancor cansada
jeu sota el vel d'un arc de set colors,
tota la pompa viva i treballada
dels vells honors amb els novells amors.*

*Neixen del fang les coronades testes
més vivents que en el món, més humanals,
més a prop de nosaltres, les arestes
llimant del temps i dels oblits mortals.*

*Majestat de la pedra que s'anima
sota el toc del cisell i del martell,
repte de l'art contra la Mort que abima
fins el record vençut sota el flagell!*

*Va caient la dolcesa tremolosa
de la llum pels cristalls empolsegats
i en el repòs de l'hora somniosa
hi ha un reflex del caliu de les edats.*

*Un món d'estàtues fa la vetlla muda
pels racons en foscor de l'obrador
i en el silenci, voluntat aguda,
tu vas creant amb obstinat dolor...*

*Fragments perduts, fragments salvats, misèria
de les imatges contra el toc dels dits:
revelarà tanta silent matèria
l'exacte món dels cossos destruïts?*

*Van naixent, van creixent les formes pulcres
en la buidor dels límits orfebrats.
Van sorgint les imatges dels sepulcres
com un repte al menyspreu de les edats.*

*Crema l'orgull de la foguera blanca,
reis i reines, grandeses renaixents,
i a l'incís del cisell només li manca
l'esclat de sang dels cors i de les ments.*

*Oh Frederic: al monument de mort i vida
tu donaràs el toc animador
de les formes reials i el teu prolífic
orgull d'artista cenyirà l'aurífic
repòs mortal amb l'immortal honor
d'abrir la fluència secular de la Vida
dins el teu obrador d'escultor!*

A. ESCLASANS



«Serenidad», bronce. Museo de Arte Moderno. Barcelona



F. Marés. Busto de niño, en bronce. Museo de Arte Moderno, Barcelona

Este duodécimo número de “ENSAYO”, Boletín de la Escuela de Artes y Oficios Artísticos de Barcelona, fue proyectado y confeccionado en la clase de Artes del Libro de la Escuela, y se terminó de imprimir en la víspera de la Natividad del Señor de 1960